

**EL ESCUDO DE PERSEO O DE
LA ESCRITURA EN PANDEMIA**

Clara Liliana Casteblanco Cifuentes

Nelson D'Olivares Durán

EL ESCUDO DE PERSEO O DE LA ESCRITURA EN PANDEMIA

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Facultad de Ciencias de la Educación

2023



El escudo de Perseo o de la escritura en pandemia / The shield of Perseus or writing in pandemic / Casteblanco-Cifuentes, Clara Liliana & D'Olivares-Durán, Nelson. Tunja: Editorial UPTC, 2023, 112 p.

ISBN: 978-958-660-750-6

ISBN Digital 978-958-660-751-3

1. Escritura creativa. 2. Escudo de Perseo 3. Literatura infantil y juvenil, 4. Mamá es una astronauta. 5. pandemia Covid-19.

(Dewey 808543) (Narración de cuentos)



Primera Edición, 2023
200 ejemplares (impresos)
El escudo de Perseo o de la
escritura en pandemia
The shield of Perseus or writing in pandemic.

ISBN: 978-958-660-750-6
ISBN Digital 978-958-660-751-3
Libro No. 20 - Colección 80 años UPTC
Libro Académico

© Clara Liliana Casteblanco Cifuentes, 2023
© Nelson D'Olivares Durán, 2023
© Universidad Pedagógica y Tecnológica
de Colombia, 2023

Editorial UPTC
Edificio Administrativo – Piso 4
La Colina, Bloque 7, Casa 5
Avenida Central del Norte No. 39-115,
Tunja, Boyacá
comite.editorial@uptc.edu.co
www.uptc.edu.co

Rector, UPTC

Dr. Enrique Vera López

Comité Editorial

Dr. Enrique Vera López
Dra. Zaida Zarely Ojeda Pérez
Dra. Yolima Bolívar Suárez
Dr. Carlos Mauricio Moreno Téllez
Mg. Pilar Jovanna Holguín Tovar
Dra. Nelsy Rocío González Gutiérrez
Dr. Manuel Humberto Restrepo Domínguez
Dr. Óscar Pulido Cortés
Mg. Edgar Nelson López López

Editor en Jefe

Ph. D. Witton Becerra Mayorga

Coordinadora Editorial

Mg. Andrea María Numpaque Acosta.

Diagramación e Impresión

Búhos Editores Ltda. Calle 57 No. 9 - 36 Tunja -
Boyacá - Colombia

Libro financiado por la Facultad de Ciencias de la Educación - la Vicerrectoría de Investigación y Extensión y la Dirección de Investigaciones de la UPTC. Se permite la reproducción parcial o total con la autorización expresa de los titulares del derecho de autor. Este libro es registrado en Depósito Legal, según lo establecido en la Ley 44 de 1993, el Decreto 460 del 16 de marzo de 1995, el Decreto 2150 de 1995 y el Decreto 358 de 2000.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Libro académico

Citar este libro / Cite this book:

Casteblanco-Cifuentes, C. & D'Olivares- Durán, N. (2023). *El escudo de Perseo o de la escritura en pandemia*. Editorial UPTC. Colección 80 años - Facultad de Ciencias de la Educación, No. 20.

doi: <https://doi.org/10.19053/9789586607506>





Colección 80 Años

Facultad de Ciencias de la Educación

Director de la Colección

Dr. Julio Aldemar Gómez Castañeda
Decano

Sub-Comité de Publicaciones de la Facultad de Ciencias de la Educación

Dr. Antonio E. de Pedro
Dr. Pedro María Argüello García
Dr. Rafael Enrique Buitrago Bonilla
Dra. Claudia Liliana Sánchez Sáenz

Corrector de Estilo

José Inocencio Becerra Lagos

Diseñador de la Colección:

Pedro Alejandro Leguizamón Páez

Diseñador del Logo de la Colección:

Pedro Alejandro Leguizamón Páez

Libro N° 20

Autores: Clara Liliana Castebananco Cifuentes - Nelson D'Olivares Durán

Título: El escudo de Perseo o de la escritura en pandemia

Las opiniones vertidas en los textos son de entera responsabilidad de los autores.

Resumen

El escudo de Perseo o de la escritura en pandemia es un libro con contenido para niños y jóvenes lleno de vivencias y magia. Dos títulos componen el texto: *Creación en común-unión* relata, a modo de cuento corto, cómo se llegó a concebir la historia, teniendo en cuenta la incertidumbre de los autores frente a la escritura de un cuento en tiempos de pandemia.

El segundo título narra la inquietud que genera la reducción del mundo infantil al interior de su casa, afrontando el encierro obligado por la pandemia Covid-19. *Mamá es una astronauta* es la metáfora divertida de cómo una niña de 13 años ve a su madre docente trabajar virtualmente. Es una historia que se desarrolla en un pueblo ficticio, agradable y campestre. Narra las aventuras de la cotidianidad de este personaje infantil, mostrando que es un ser humano inteligente, capaz de superar las limitaciones que impone el aislamiento preventivo

Palabras clave: escritura creativa, escudo de Perseo, literatura infantil y juvenil, Mamá es una astronauta, pandemia Covid-19.

Abstract

The shield of Perseus or writing in a pandemic time is a book, which content is full of experiences and magic for children and young people. This book is divided in two sections: first, *Creation in common-union tells*, as a short story, how the authors conceived the tale, considering aspects like the uncertainty of writing a story in times of pandemic.

The second part narrates the concern generated by the reduction of the children's world inside their home, facing the confinement forced by the Covid-19 pandemic. *Mom is an astronaut* is the funny metaphor of how a 13-year-old-girl observes her mother work as a teacher at a virtual educational platform. This is a story that takes place in a fictional, pleasant and small town. It narrates the daily adventures of this childish character, showing that she is an intelligent human being and is able to overcome the limitations imposed by preventive isolation demanded by the Covid-19 pandemic.

Keywords: creative writing, the shield of Perseus, children and youth literature, Mom is an astronaut, Covid-19 pandemic.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	11
CREACIÓN EN COMÚN-UNIÓN.....	15
MAMÁ ES UNA ASTRONAUTA	19

INTRODUCCIÓN

A escribir se aprende escribiendo, como a leer se aprende leyendo o a caminar caminando. Sabemos que escribir cuesta mucho, incluso a los grandes literatos, y nosotros no somos la excepción en este aprendizaje. Sin embargo, aunque nunca lleguemos a ser grandes escritores, escribir exige que liberemos la imaginación para que esta sea la fuente creadora, de lo contrario, continuaremos siendo esclavos de lo normal. El escribir también exige que cumplamos algunas condiciones particulares, como encontrar el estilo, las referencias, el tono, las palabras justas, los personajes, la historia en sí. Esta búsqueda nos condujo a cultivar nuestras habilidades expresivas orientadas a escribir un texto literario en medio de la pandemia por Covid-19.

Hoy, después de todo, vemos nuestros días de vida como un cuento de niña que es menester ser narrado, con su forma infantil de echarse a correr por la andadera, con los pasos y las pisadas que el camino le permite imprimir. Es el cuento, las palabras, el punto de vista desde el que se observan las circunstancias y la práctica de la escritura lo que nos lleva a mostrar estos procesos de pensamiento que, motivados por la lectura de cuentos infantiles y novelas juveniles, permitió que —desde el asombro— se diera un diálogo constructivo con estos textos, capaz de re-crear lo leído. En este sentido, la escritura nos construye; por ello, en tiempos de pandemia luchamos contra las limitaciones y la inactividad, partiendo de actos creativos como el diálogo y la lectura que posibilitaron el encuentro de una manera de navegar en las aguas de lo literario, sobre la balsa entretejida de coherencia, cohesión, revisión, corrección y reescritura.

Ciertamente, hemos dispuesto aquí parte de nuestro asombro, creatividad e incertidumbre frente a la rutina que significó el encierro, producto de la pandemia por Covid-19 en 2020 y en parte de 2021. Imaginando un mundo infantil, pudimos producir un cuento largo de corte infantil-juvenil. En este sentido, el punto de partida fue identificar nuestras circunstancias de aislamiento preventivo domiciliario como incentivo creativo para soportar el encierro. Luego, valiéndo-

nos de la práctica de ejercicios desarrollados en distintos talleres de escritura creativa y combinando ideas, logramos narrar una historia a través de la escritura.

Inspirados por nuestras propias infancias, nos preguntamos cómo habríamos vivido una cuarentena si fuéramos niños. En esa pregunta cabían el confinamiento, el aislamiento social, el distanciamiento preventivo y todo lo demás que la pandemia generó. Es así como este cuento largo se revela en los negativos de las imágenes que nos dejan las experiencias de la vida actual, no como la formulación de un problema ni como una conclusión, sino como el registro de nuestra propia vida o como un trascender con las respuestas a la realidad misma, dándole forma a una voz infantil.

Dentro de este proceso, tratamos de sostener la imagen de la niña curiosa que narra y que es la brújula, de comienzo a fin, de este ejercicio. Asimismo, recreamos y cultivamos diversos escenarios en los que ubicamos la vida de nuestro personaje infantil. Dichos escenarios aluden a las reminiscencias y a la añoranza de nuestra niñez vivida. Se involucran temas como el amor familiar, el juego, la solidaridad de los amigos, los sueños, la magia, las profesiones, los animales, entre otras temáticas que fueron encontrando un lugar a lo largo del discutir del cuento.

Sabemos que no somos expertos en el arte de la escritura; sin embargo, escribimos por convicción, por gusto, por necesidad, por pretexto, con y sin motivos, escribimos. Eso sí, sin considerarnos escritores, más bien, labriegos de las palabras, elegimos escribir un cuento largo que reflejara la forma como damos sentido a esta realidad o como construimos relatos de nosotros mismos, que se re-producen, día a día, en nuestras tramas y roles sociales.

La narratividad que permite el cuento, nos llevó a decir lo que no pudimos decir en tiempo pasado, recorriendo los caminos de lo verosímil, lo ficcionado, lo hiperbólico, lo re-creativo para encausar la escritura desde nuestras circunstancias como maestros de lenguaje y de la educación infantil.

En consecuencia, esta práctica escritora que presentamos es un intento por abordar la literatura infantil-juvenil y se vale de las circunstancias

reales y de la infancia ficcionada, lo cual nos facilitó el agenciamiento, desde el punto de vista crítico de la escritura, como un espacio libre de comunicación de ideas por medio de las palabras. La pandemia, como dispositivo, favoreció el descubrimiento de otros desarrollos como sujetos, conectándonos con prácticas diversas que, para el caso nuestro, fueron estéticas concretadas en la producción de un texto escrito que, a su vez, intenta representar, simbólicamente, nuestras infancias, es decir, no reflejándolas como realidades, sino reinterpretándolas con cierta sensibilidad que nos permitió viajar y soñar.

En este sentido, el trabajo que presentamos a continuación “Mamá es una Astronauta” es una expresión de la escritura como dispositivo, que aúna nuestras circunstancias en aras de crear pensamiento y construir conocimiento en común-unión.

CREACIÓN EN COMÚN-UNIÓN

Son tiempos pandémicos y una pareja de docentes de lenguaje y de educación infantil, en medio de la cuarentena, se sientan a pensar; se proponen escribir un cuento largo o una novela corta —lo que salga— para soportar el encierro.

Piensan en cómo comenzar. Se hacen a sus computadores y, como si la página de videos musicales fuera un imán que atrae irresistiblemente, entran a Youtube y ponen los clásicos del rock ochentero, visitan las redes sociales y, finalmente, abren la página en blanco que ofrece Word.

Ellos quieren echar su canoa a la mar de la escritura. Son narradores de historias, como sus abuelos. Ya no se sientan alrededor del fogón de tres piedras a escuchar la voz cansada de sus mayores, amenizada por las chispitas que danzaban en medio del fuego; más bien, se esconden tras el computador y, con un interno vociferar, narran. Escuchan al otro, cuestionan, organizan, dan respuestas, hablan y la pasan bien al dialogar, mientras van surgiendo los temas para escribir.

Están tentados a escribir acerca de sus zapatos viejos y el mundo recorrido. Indecisos, intentan comenzar así: “Generosos pasos que dejaron huellas, reminiscencias puras de caminos viejos, con mochila al hombro y canciones bellas que brotan de aquella guitarra añeja”.

—No. Algo más libre —dijeron los dos.

En la cocina se escuchó caer una cuchara y un pocillo al piso, anunciando la presencia de su hija, Celeste, una bella niña de once años.

—¿Alguno de ustedes dos me puede prestar su celular? —dijo ella.

La voz de la niña regresó sus pensamientos a la realidad e hicieron un gesto de aprobación. Se miraron y entendieron que el tema de su historia vivía entre ellos.

Se alegraron de ese buen momento, de su voz infantil, de la cuchara y del pocillo roto. Sentados, viendo el horizonte, volvieron a navegar entre las ideas. Con nostalgia, van trayendo a su mente los recuerdos de su infancia. Cuentan al otro la maravillosa vida de su niñez, en parte, sacada de la ficción.

Luego de haber compartido sus anécdotas y con los recuerdos del pueblo, del barrio, de los vecinos y los niños de entonces, reconocen que no han escrito palabra alguna en la página en blanco que proyectaba el monitor del computador.

Hubo un silencio sostenido que solo podía acompañarse con un vino.

Brindaron por ser aprendices de escritores.

—La escritura es una diosa, de fina y esbelta figura, que discrimina, pero que da felicidad —dijo él—. Muchas veces, como hoy, esta encantadora diosa nos aborrece porque queremos contemplar su vertido de palabras sin el propósito de desvelar su rostro, de ser uno solo en el pensamiento. Para ello debemos mantener nuestra inteligencia danzante en derredor suyo, para formular preguntas y aunar coherencia y cohesión de principio a fin. Pero, si en el ritual se avanza paso a paso, quizá nos pida que habitemos con ella para así crear mundos posibles a través de un texto que se gesta en la idea y se urde con las palabras. Al escribir hilamos, con uso y tortero, las gaseosas historias que no callan y que, si no se dicen, se escapan. Somos de esos que encontramos en la escritura un punto de fuga para purificar el ánimo y sentir la emoción de poder contar, narrar, decir. Jugar con el otro a ser omniscientes y pensar que podríamos conocer el mundo real y posible.

—Una diosa bella y sabia que nos reta en medio de este aislamiento y que nos lanza a la otredad de uno mismo —dijo ella—. Estos instantes que vivimos previos al inicio del ejercicio de escribir son para entender lo que no se ha dicho, lo que podemos decir y lo que podemos callar, estos mismos instantes son para darle vida a las imágenes traducidas en el destierro del silencio autoritario que obliga a la palabra a dar cuenta literal de la realidad. En el mundo del silencio no hay escudo, la fuente pierde su función polisémica y pragmática, lo cual conduce a pensar que todo está explícito. Contrario a esto, la voz del otro, sin ser juez, va más allá de los límites y trasciende en el texto escrito al ser leído.

Esta diosa bella y sabia —continúa ella— nos estimula a pensar en lo que creemos que sabemos, a dudar de lo que pensamos, a no permitir que en nuestras mentes el blanco absorba el desenfreno de los colores

que le dan forma al caos. Este caos es la fuente. Como el escudo de Perseo, una fuente en cuyo reflejo se sumerge nuestra mirada serena para ver las visiones del pasado o ficciones alcanzables por otro, solo en el lugar de donde brotan.

Así, por días enteros conversaron sus ideas multicolores con la libertad de madurar su alma de cómplices escritores, viajando por pinturas hechas de palabras, estos dos empezaron a encontrar consuelo en la escritura. Pese a la rutina, no es una ilusión que alguien reme en su canoa de pensamiento y reflexión para pretender escribir un cuento largo, como el que a continuación se presenta.

MAMÁ ES UNA ASTRONAUTA

I

Abrió la puerta de la nave, se sentó en su cabina de mando, oprimió dos botones y de inmediato se encendieron los comandos y una gran pantalla luminosa.

Me ubiqué a su lado, en el sofá, cuando la vi ponerse su balaca integrada con audífonos y micrófono ¡Buenos días para todos! ¿Me escuchan, me escuchan?

A pesar de que eran las 6:30 de la mañana, era muy temprano para haber desayunado, sin embargo, ella ya había preparado todo. Estábamos mi Mamá piloteando la nave y yo en la pijama de huellas, con mi pollo amarillo de peluche y con los ojos entrecerrados. Intenté devolverme a la cama para envolverme en las cobijas, pero algo no me lo permitió.

Estuve mirando cómo ella se comunicaba con otras bases espaciales. Quise que me diera el mando. Abracé al pollo, lo apreté contra mí y me acomodé para tomar el control.

Aprieta el cinturón de seguridad y activa el oxígeno en tu traje —me dijo—, mientras yo le echaba un vistazo a la pantalla y desactivaba el audio de algunos astronautas.

Se levantó de su silla y su traje plateado tuvo un par de destellos a causa de la luz de las estrellas que entraba por la ventana posterior. Posó su mano derecha en mi hombro y con una seña me hizo saber que quedaba a cargo de la nave.

Bajé los vidrios polarizados de las ventanas laterales para sentir la brisa universal y quise sacar la mano para acariciar la estrella más cercana. La distracción no me permitió ver que el radar indicaba la presencia de un asteroide enorme. Se acercaba cada vez más rápido. Todas las alarmas del sistema resonaron y se encendieron luces verdes, rojas y amarillas. Me quedé como boba mirando a este pequeño planeta redondo que se aproximaba hacia mí. No podía moverme, estaba entumecida como una estatua.

Mi Mamá entró a la cabina y se sentó de inmediato. Me sonrió y puso en mis piernas una cobija de viaje, las listas de nombres en hojas blancas y pan con bocadillo. Tomó el control y volví a escuchar su saludo: ¡Buenos días a todos!

Sentí la mirada tierna de mi Mamá en tanto que ella estiraba la mano para arroparme el cuerpo con la cobija. Me comí el pan con bocadillo con una sonrisita en la cara mientras habilidosamente ocultaba mi vergüenza por ser tan presumida.

—¿Qué tienes? —preguntó ella.

Mi Mamá es muy inteligente, pone atención a los detalles y no se le escapa ni una.

Yo no quería mostrarle lo achantada que estaba por el *oso tan peludo* que hice al no saber pilotear la nave. Ella iba a pensar que yo era medio idiota o creída. Ambas son probables, aunque primero creída. Los creídos andan por ahí fanfarroneando que son más que los demás, pero los medio-idiotas siempre tan mediocres, no son idiotas totalmente ni dejan de serlo.

Hubiera respondido “amo a mi pollo amarillo de peluche porque es solo eso, un pollo de peluche y no un medio-pollo de peluche”. Pero fuera de mi conversación que acabo de tener conmigo misma, mi Mamá me hubiera dicho “esta chinita se está enloqueciendo”. Cuando me corté el cabello fue igual.

“Ahora creo que cuando uno es libre de hacer lo que a uno lo hace feliz, uno entra a ser parte de los locos; por eso a veces aparento ser como es la gente adulta siempre: completamente normal”.

Con cierto tono cariñoso y burlón volvió a decir: —¿En serio?

Nada —dije, como si no me hablara a mí.

Aunque mi Mamá estaba a mi lado, escuché su voz lejana como si ella estuviera al otro lado: ¡Aleja, mi amor despierta ya, es mediodía!

Gracias a Dios todo fue un sueño.

Sin levantarme del sofá, volví a abrazar el pollo de peluche y observé que mi Mamá ya no tenía su traje plateado y su diadema con audífono y micrófono incorporados. Entendí que ella los usa conectados al computador para comunicarse con sus estudiantes y los padres de familia, y que, aunque ella es profesora de escuela rural, mi Mamá es mi astronauta favorita.

Almorzamos y ofrecí lavar la loza a cambio de que me prestara el celular. La verdad lo utilicé muy poco, porque cuando di *click* en Youtube apareció un video de *El principito* que hizo que recordara mi sueño. He estado pensando en lo creída que soy, pero este pensamiento llega, juega conmigo a los mojados, lo empapo y se aleja volando, da una vuelta al cielo y vuelve seco.

—Gaby quiere jugar contigo.

Capté lo que quería decirme mi Mamá muchos segundos más tarde.

Tu hermana. Juguetes. Niña feliz.

Quería jugar justo ahora.

—Bueno —contesté—. ¿A qué jugamos?

—Mira los juguetes que traje.

—Bueno, sí señora. —Traje el triciclo.

—Siempre le gusta.

—¿Por qué el triciclo?

—Porque quiere que la pasees, por ejemplo, como dice Carlitos. En el triciclo que la lleva a todos lados. Lleva, llévame en tu triciclo. Óyeme, Aleja, llévame en tu triciclo.

“En el triciclo que la lleva a todos lados” es un verso que no se adecuaba al presente, con esta situación de pandemia no salimos de la casa. A mi Mamá le gusta ese cantante porque mi abuela tenía un afiche en el que “Carlitos” posaba con cabello largo, muy parecido a mi tío.

—Dormiste toda la mañana ¿Me vas a contar tu sueño? —preguntó mi Mamá.

No sé cómo lo hace, pero siempre termina sabiendo de las conversaciones que tengo conmigo misma, como si yo pensara en voz alta.

—Lo escribo y te lo leo —respondí.

Me trajo una hoja de cuaderno y un lápiz al que recién le había sacado punta.

Volví a la sala. No había ninguna cabina de mando, solo la balaca de audífonos con un micrófono móvil sobre el teclado del computador de mesa que siempre hemos tenido con el viejo estabilizador. Vi la hoja y el lápiz y, de veras, pensé en la frase de mi Mamá: “esta chinita se está enloqueciendo”.

II

Salí al patio, en la parte de atrás de mi casa. Me acerqué a la pila cuadrada, grande, y me subí al lavadero de cemento suavizado por el uso. Asomé mi cara al espejo del agua y ahí estaba yo mirando los ojos de la niña acostada en el lavadero. El reflejo me presentó la hoja en blanco en una mano y el lápiz en la otra.

—Bájate de allá —sugirió Mamá.

Dejé el papel a un lado, alargué mi brazo al vacío y mi mano tocó el agua. La sentí fría, la olí, la probé y casi disfruté de su frescura. A veces, en el transcurso del día, cuando nadie los ve, llegan pájaros a beber de esa agua ¿Qué tiene de malo la alberca? No era cueva de saurios prehistóricos ni su agua era azufrada. Nada más que un tanque grande a medio llenar que sirve para lavar la ropa.

Solo me faltó bañarme en ella. Pero no era un pato o una rana.

¿Habría una criatura horripilante con patas de araña peluda y cuerpo de pescado bajo el lavadero y por eso nunca se llena de agua?

No podía hacer nada para saberlo. En todas las casas existe un lugar para lavar ropa, como para decirles a todas las niñas que examinen bajo sus lavaderos a medio llenar a ver qué criatura se esconde ahí dentro. La policía detiene a las personas activistas que exigen saber más. Los periódicos titularían en primera plana: *Capturada niña de trece años por agitar muchedumbre infantil*.

Para tranquilizarme, fantaseé con el pescado con patas de araña peluda que habita bajo el lavadero. Un ser aislado, solitario y ansioso de cariño, venido de un planeta distinto de la Tierra llamado Azgabay. Las sociedades protectoras de extrañas criaturas harían manifestaciones en frente de la casa municipal, y tendrían que liberarme y laurearme por mi entrega a las investigaciones de la salud mental y el comportamiento de estas particulares criaturas.

Mucho tiempo después, los estudios mostrarían que se trataría de mascotas extraterrestres abandonadas dos milenios atrás. Que estas

criaturas no estaban relacionadas con el agua, la oscuridad ni el frío del lavadero.

Le hice caso a mi Mamá: tomé la hoja de papel en blanco y el lápiz. Me bajé del lavadero y me dirigí a la sala de la casa.

Tomé la mesita que usa Mamá para trabajar en la *laptop* y me senté en el sofá. Intenté recordar mi sueño.

—Me gusta la noche —pensé—. No soy de las que suplica cuando Mamá dice “es hora de acostarse” o “a dormir”. Al contrario, me gusta imaginar cosas y, posiblemente, esas cosas son mis sueños. La imaginación no tiene márgenes y en los sueños puedo ser una heroína, o tener una varita mágica e invocar un hechizo al lado de Hermione Granger, o estar protegiendo a los animales en los bosques y a los bosques mismos junto a Radagast “el pardo”, o lograr hablar con un conejo blanco. Soñar es mágico.

Anoche *caí como piedra en pozo*. No era que estaba cansada, pero me dormí rápido. Ya lo recuerdo, soñé con Atenea.

Quise escribir palabras, pero me salieron dibujos. Cielo, montañas, cultivos, vacas, ovejas, una médica. Parecía más un cuadro mal dibujado.

Decidí que mejor le contaba el sueño a Mamá.

—Mamá te voy a contar mi sueño porque no me salen palabras para escribir, sino para decir —dije.

—Está bien —dijo, y se acomodó en el sillón con actitud de escucha.

—Soñé que la atractiva Atenea quiso darle un retoque a su belleza y bajó a mi pueblo buscando un tratamiento medicinal que la refrescara un poco. Pues, desde siempre tenía que estar entre libros, tableros y centros de enseñanza impartiendo conocimiento a toda aquella mujer u hombre que le pedía entendimiento, intelecto y razón.

Atenea había escuchado hablar de Thaliana, una bella y joven médica dispuesta a ayudar a las personas. Así que fue en su búsqueda una mañana de lunes.

Era un día resplandeciente: cielo despejado, sol alegre, montañas verdes, cultivos y animales en el campo. “Todo en su conjunto era una obra maestra digna de ser contemplada”. Y eso hizo.

Luego se encontró con algunos vecinos, a quienes preguntó por Thaliana. La gente, en pueblos como este, se conoce entre sí y es muy fácil encontrar a las personas.

Con las señales obtenidas, Atenea llegó a mi casa. Muy a las siete de la mañana sonó el timbre.

Estábamos desayunando Mamá, Papá, Gaby y yo. Papá se levantó del comedor y fue a abrir la puerta.

“Es costumbre en estos pueblos hacer seguir a las personas”.

—Siga a la sala, en un momento Thaliana te atiende —dijo Papá— y volvió a terminar de desayunar.

Me dirigí a la sala y allí estaba una mujer estilizada, ojos grandes color gris, tez trigueña, cabello largo, un metro setenta y siete de estatura y de unos treinta años.

—Buenos días —saludé y me acerqué a ella.

—Buenos días.

—¿En qué puedo colaborararte? —dije.

—Quiero una terapia de relajación para sentirme saludable y bella. Quiero brindarle tranquilidad a mi cuerpo y mente —dijo ella con una sonrisa.

—Ok. Primero debo hacer un chequeo de rutina y llenar unos formatos de consulta.

Fuimos al consultorio. En realidad, es el garaje de la casa, Papá lo adecuó para mí como consultorio.

Se sentó en la camilla y verificamos sistema respiratorio y tensión arterial. Luego se recostó en la camilla y revisamos funcionamiento de extremidades superiores e inferiores.

Mientras tanto fuimos conversando acerca de su información personal. Muy amablemente contestó todas mis preguntas:

—Nombre.

—Atenea.

—Apellido.

—de Zeus.

—Ocupación.

—Diosa del conocimiento.

No reparé en esa información, considero que cada quien tiene derecho a decir cosas bonitas de su oficio. Intuí que ella era una maestra que amaba lo que hacía para ganarse la vida.

—Vamos a tener varias sesiones —dije como si nos conociéramos de vieja data.

—No puedo —dijo con cierta severidad—. Esta es la única vez que vendré, no tengo más tiempo para relacionarme con mortales.

Su rostro se hizo más bello.

—¿Cuánto tiempo tomará mi terapia completa? —inquirió.

—Teniendo en cuenta que serían seis o siete sesiones, estamos hablando de tres o cuatro horas —dije.

—Tengo toda la mañana para que te dediques a mí.

—Tengo otras citas que son ineludibles.

—Por más urgentes que sean, puedes aplazarlas. ¡Lo sé! —volvió a mostrarse severa—. Y por el pago no te preocupes, te daré mucho más de lo que esperas. Esta mujer era caprichosa y parecía sobrepasar los límites de lo justo y lo verdadero, y lo hacía para su conveniencia.

Atenea se sentía bien, como cuando una niña hace una mejor amiga y quiere compartir con ella en todo momento, y no se da cuenta de que existen otras actividades que también deben ser atendidas.

Por suerte, las niñas tenemos a nuestros mayores para hacernos ver nuestras responsabilidades, pero ella era Atenea y no tenía mayores porque nació mayor.

Las horas pasaron una tras otra asistiendo a tan bella mujer.

Yo me preparé como médica en la universidad —pensé—, pero no sé de dónde obtuve el conocimiento en psicología, enfermería, fisioterapia, farmacéutica, nutrición, optometría, odontología, salud ocupacional, fisioterapia y todas las terapias existentes para sanar padecimientos y dolencias.

Pasaba de un campo a otro sin siquiera notarlo. Ella se sentía en una absoluta tranquilidad. Le deposité toda mi atención, vitalidad y conocimiento.

El reloj marcó las doce del mediodía y Atenea decidió que había llegado el momento de terminar el servicio.

Me habló con voz dulce.

—Siento que volví a nacer —dijo.

Me invadió un sentimiento de felicidad. No hubo mucho de qué hablar. Dejó el pago sobre mi escritorio y recogió sus cosas.

—¡Gracias eternas! —dijo al despedirse, y se marchó dejando un aroma único.

La mesa del comedor estaba puesta para almorzar.

—¡Aleja, Aleja, Aleja! —escuché el llamado de Mamá. —Dormir la siesta antes del medio día es un lujo que, a nuestra edad, las mamás no lo permiten.

Me levanté.

III

La mañana siguiente desperté oyendo nuevamente a la astronauta. Seguía tratando de contactar nuevos mundos. Me percaté del sonido del mouse: profe Carlos, buenos días, *click*; profe Cecilia, buenos días, *click*; profe Jacinto, buenos días, *click*; Profe Miriam, buenos días, *click*; *click, click, click, click*.

Bien entrada estaba la mañana cuando me levanté de la cama, tomé las chanclas en la mano y caminé en medias hasta la sala.

—Buenos días hija —saludó mi Mamá, y mi cerebro hizo *click*.

—Tu desayuno está servido —dijo ella, y mi cerebro volvió a hacer *click*. Me senté a la mesa intentando esconder mi antipatía al cepillo de dientes. Alcancé a poner mi dedo índice en la oreja del pocillo de chocolate tibio, cuando escuché cerca y claro: —¿Ya cepillaste tus dientes?

No dije nada, pero creo que tuve la actitud de Mafalda cuando su Mamá le ofrece sopa. Solo faltó que dijera “es por tu bien” y hubiera sido una tira cómica perfecta.

Mis pies se subieron a las chanclas y se dirigieron al lavamanos del baño. Intenté lavar mis dientes como me enseñó el “Doctor Muelitas”: dientes, de arriba a abajo y muelas en círculos. Creo que hay que tener toda la paciencia del mundo para seguir los consejos del Conejo Muelitas.

Volví a la mesa, tomé el chocolate, pero todos sabemos que después de cepillarse los dientes nada se saborea como debería saborearse. El chocolate sabe a menta, los huevos a cardamomo, el pan a limón y el yogur a lechuga.

—¡Qué falta de gusto de los encargados de la salud oral! —no sé si lo dije o lo pensé.

Me acerqué a la cabina de mando que piloteaba mi Mamá. La observé con ojos escrutadores. Una mujer que todos los días se convierte en astronauta. Me pregunté si ella conocía la máquina del tiempo y se

podía teletransportar. ¿Mujer piloto o viajera en el tiempo? Me pregunté cómo hizo ella para llegar a ser mi Mamá.

En la habitación se escuchó la voz de mi hermana, señal de que estaba despierta. Mamá dijo:

—¡Ve y miras la niña!

Di media vuelta y salí. Desde la puerta vi que estaba despierta. Le di un abrazo y me sonrió. Las dos caminamos a la sala.

Mamá ya no tenía la balaca integrada con audífonos y micrófono. Tenía el cabello suelto y estaba peinada de lado.

—¡Qué bonita! —pensé en voz alta.

—Es hermosa —dijo Mamá mientras alcanzaba el termo con el tetero para Gaby—. ¿Por qué dices que los encargados de la salud oral no tienen gusto?

Mamá tiene el don de ser omnisciente en las conversaciones internas entre mi yo y mi ello.

—Es insípida —dije, aludiendo a la comida en los dientes cepillados y la boca enjuagada, por supuesto.

—Sabe a lo que debe saber.

—Sí, como la música que escucha mi tío, suena a lo que debe sonar: un sonido amargo, metálico y a la vez fresco, como una limonada de sal, esponja y limón.

—A propósito, llamó y dijo que vendría a visitarnos.

O sea que debía prepararme para cambiar las tardes de televisión y celular por clases de inglés. ¿Quién le metería en la cabeza que una niña como yo necesitaba aprender *english*? Me espantan los días aburridos.

—Aprendiste inglés con él —dije, me quedé pensando si lo que acababa de hacer era un comentario o una pregunta.

—Te aseguro que con él se aprende muy bien —declaró Mamá—. Vendrá a hacer la visita y a reforzar tu inglés.

El viejo truco de la visita.

—¿Cuántos días estará con nosotros?

—Vendrá el jueves, y el viernes se regresa porque el sábado debe trabajar.

—Un día, casi dos —hice cuentas.

—Debes disfrutar las clases porque con este aislamiento preventivo, ¿quién sabe cuándo vuelva?

Gaby no había terminado el tetero y seguía arrullada en brazos de Mamá.

—Podríamos salir a comprar en inglés a la tienda, así yo aprendería más: vecina me da un *ice cream*, unas *pottato chips* y dos bombombunes —dije en son de chiste.

—No te burles. Él quiere que sepas inglés para que vayas a la Facultad de Medicina.

Mamá sentó a Gaby en el sofá y volvió a hacer *click* con el mouse. Me fijé en los múltiples cuadrillos de la pantalla, cada uno con una foto de alguien. Al parecer estaban tomando un receso para continuar. Ubicó la balaca en su cabeza, pero no pronunció palabra.

—Está preparada para todo —dije para mis adentros—. Nave espacial, tripulación, astronauta.

Gaby ofreció el tetero vacío. Mamá se alargó como una jirafa y le recibió cariñosamente, al tiempo le puso un ábaco de cuentas de colores y una calculadora dañada en la mano para que se distrajera.

A Gaby le espera un futuro de matemáticas. Más chévere para ella porque no tendrá a un tío como profesor de operaciones con números. Pero, ahora que lo pienso, tendrá a Papá que es contador público.

Imaginé a Mamá, años atrás, alcanzándome un esqueleto a escala y un corazón disecado para que yo jugara con esos “juguetes”. ¡Qué manera de distraernos!

—¿Traerá una maleta llena de libros de inglés?

—Viene a darte un repaso de inglés no a instalar una biblioteca.

—¿CD y grabadora?

—No.

—Creo que él sabe darse mañas como los conejos: si necesita algo, usará internet y el televisor.

Espero que sea una clase y no un curso intensivo. Ya me pasó cuando me puso a leer libros, porque él, Mamá y Papá los habían leído en la época de la prehistoria.

Aquella vez, Mamá recomendó *Las mil y una noches*; Papá, *Alicia en el país de las maravillas*; y el muy generoso de mi tío trajo dos, *El mundo de Sofía* y *El principito*. Con Sherezada, Alicia, Sofía y el niño príncipe hice mis delicias por más de un año.

Por las aventuras de Alicia, no supe si le estaba expresando un detalle de fina coquetería a mi tío, porque es ingenioso o solo un dicho cariñoso y sarcástico: *sabe darse mañas como un conejo*. Mamá acomodó el micrófono en la mejilla y sin dejar de mirar la pantalla dijo:

—Es un médico frustrado y hace mucho deporte. Tú no conoces una grabadora. Ni siquiera sabes cómo funcionaban los *cassettes*.

—Un aparato para reproducir música en una cinta magnetofónica.

—En Google busca grabadora Silver. Y después lavas los platos del desayuno.

Por las imágenes de la búsqueda dudé en clasificar las grabadoras en trastos, cachivaches o antigüedades. Me dirigí a la cocina. No me interesaba ver más cacharros.

Terminé de lavar la loza y volví con Mamá. Casi sin permiso, tomé su celular y, rápidamente, busqué en Google los beneficios de aprender inglés.

Mamá hizo una pausa. Ella está más pendiente de mí que de Gaby. Bien dicen que mamá prevenida vale por dos. Creo que leyó mis labios mientras escribía o pronuncié la palabra inglés, porque me preguntó que si iba a leer en inglés.

—Todavía no me interesa leer literatura en inglés —dije.

—Pues deberías aprovechar tu tiempo e intentar familiarizarte con libros infantiles escritos en inglés. Aprenderías palabras y expresiones que te servirán para mejorar tu habilidad de *english speaking*.

Pensé inmediatamente en la locución latina *carpe diem* y me ubiqué en una escena donde una maestra se acerca y, lentamente, pone su mano en el hombro de su pupila y con voz pausada le dice “aprovecha el tiempo”. Me sonreí tiernamente para no parecer burlona.

—Tenemos unos cuentos en inglés para niños de primero primaria. Esos te servirán. Creo que están en la repisa inferior de la biblioteca, ¡tráelos!

Fui a traerlos a regañadientes.

Ahora necesitaría un diccionario bilingüe, lápiz y borrador para traducir el cuentito en el cuaderno. Me acordé de la clase de inglés del colegio y me aburrí antes de tiempo. Al pasar por mi habitación vi la guitarra, quise bajarla y tocarla. Fantasee en el maderamen de un auditorio con cortinas rojas y yo, muy elegante, sentada en la silla central, dando el concierto para guitarra: “Las cuatro estaciones” de Antonio Vivaldi.

Por ahora, resígnate Aleja, no le debes huir al idioma extranjero, me dije, eres la hija bilingüe de esta familia; y entonces, antes de volver con Mamá, me animé a ojear la colección de libros para primero primaria. Son libros para niños, así que deben ser fáciles, me dije.

De hecho, sí. Pocos diálogos y muchos dibujos que cuadro a cuadro narran la historia. Espero no comportarme como Alicia que, con un libro aburrido y el calor del día, sucumbió ante el sueño para ir corriendo tras un conejo blanco de ojos rosados.

Me imaginé a Alicia corriendo tras El Patito Feo, toda ridícula. Sonreí ridícula.

—¿Los encontraste? —gritó Mamá.

Me incorporé rápidamente y sentí las piernas frías por estar sentada en el piso, al frente del estante de libros.

—Sí, aquí está la colección completa.

Sabía que me había quedado chismoseando los libros. Ellas lo saben todo.

Puse quince libros, uno sobre otro, los levanté en cajoncito y volví con Mamá.

Vi a Mamá con su diadema puesta muy concentrada en su plataforma.

—“Usa la telepatía” —pensé.

¿Cómo hace para realizar varias cosas al mismo tiempo? Debe ser que las personas que participan en una tripulación de una nave espacial, están preparadas para todo.

—Escoge uno —dijo mamá sin dejar de ver la pantalla.

—Este —dije levantándolo en mi mano diestra.

—Quiero que mañana se lo cuentes en inglés a Gaby; y pasado mañana, a mí.

Buen ejercicio de estudio, debo reconocerlo, así que me di a la tarea de encontrar el cuento en Youtube para escuchar la pronunciación. Seguí el cuento mientras avanzaba el video hasta casi aprendérmelo de memoria, salvo algunas variaciones del texto en el video.

—Vamos a decirle a tu tío que le tienes una sorpresa —dijo Mamá, y le marcó *ipso facto* al teléfono de Sanmi.

Este reto me emocionó tanto que, casi dejó caer el celular al piso. Repetí en voz alta cada palabra del cuento, en inglés, por supuesto. Imaginé que tenía dos visitas sentadas en el sofá: Sanmi y mi profesora del colegio.

Estaba siguiendo el video y, de repente, se fue la luz.

IV

Gaby es una niñita. La hermana menor de uno siempre va a ser una niñita, desde luego, pero, además de inspirar ternura, mi hermanita es especial. Antes del *Covid-19* le llovían arrullos, papuchos y hasta regalos. Los conocidos y personas amigas de Mamá se acucillaban para abrazarla. En ocasiones, las compañeras de trabajo de Mamá le decían cosas como “con una hija así, no volvería a comprar osos de peluche” o “quiero apapacharla”. En la frutería le ofrecen manzanas, en la tienda donde Mamá hace el mercado le dan chocolatinas. Gaby es como la hija que las señoras quieren tener.

Con seguridad, Jairo Aníbal Niño le hubiera escrito un cuento, uno que tratara de los gestos con los que Gaby demuestra su asombro al comprender cosas que le eran desconocidas. Walt Disney le hubiera hecho un dibujo animado tierno dentro de una historia conmovedora que, a lo mejor, con ella obtendría su premio Óscar número 23.

Nuestra casa queda cerca del parque principal. Antes de la pandemia, a veces venía el párroco de la iglesia o el alcalde del municipio a rendirse al encanto de mi hermanita. Me gustaba cuando en la sala el señor sacerdote que es padrino de boda de Papá y Mamá, como la iguana, tomaba café y conversaba toda la tarde. Y como de costumbre, le daba un billete de veinte mil a Gaby para que fuera por un helado. Obviamente, yo la acompañaba a la tienda y nunca había devueltos, porque además de helado comprábamos muchas golosinas. Con el señor alcalde, tío de Papá, era igualito.

A veces digo que este aislamiento social nos ha afectado mucho porque no hemos vuelto a tener visitas interesantes. Además, el encanto de Gaby no motiva el bolsillo de Sanmi, mi tío.

Es muy cierto que debemos quedarnos en casa para prevenir el contagio de ese malvado virus con corona. Sin embargo, no solo extraño las visitas de mis familiares, sino también a mis compañeros de colegio, a mis profesoras y a mis amigas. Cada noche, los llevo en mis oraciones para que estén muy bien de salud con sus padres.

A veces pienso que no sé qué sería de mí si faltara uno de ellos. Estar encerrados durante tanto tiempo ha sido difícil, pero el hecho de ima-

ginar que vuelvo a casa de mis abuelos o que comparto en el patio del colegio me anima a seguir guardando este aislamiento preventivo.

Ya casi no tengo piel en las manos de tanto lavarlas y cuando me asomo a la ventana para ver a la calle no reconozco ni a los vecinos porque van con tapabocas. Desde mi ventana, veo cómo la gente se saluda de puñito o con los codos, y se despide con la palabra “¡cuídate!”. Ahora tiene más sentido que el tradicional “adiós”.

Yo he preparado un saludo coreográfico que, además de los puñitos y los codos incluye choques de pies. Para cuando nos volvamos a ver en el colegio ya lo habré perfeccionado.

Papá es un hombre guapo. Siempre tomo de la mano a Papá cuando vamos en la calle. Algunas mujeres voltean, disimuladamente, al vernos pasar. Con certeza, no es a mí a quien miran de soslayo. Creo que se van diciendo “sin esa hija intensa y cansona, él sería más atractivo”. Yo siempre estaré ahí, como su guardaespaldas, para ahuyentar *fans*.

El mejor amigo de Papá es Eriberto, registrador municipal. Él es como de la familia. Cada que puede, viene a la casa. Y toman *café con alma*. Van a la cocina, preparan el café, que normalmente es endulzado con panela, y le agregan una medida de licor. Se sientan en la sala y, como expertos en política y deportes, arreglan el país.

—¿Viste las noticias, Bayardo? —dice Eriberto—. Viste que Zutano dijo que el Puente de Boyacá no debería estar en Boyacá, sino en Antioquia.

—¿Y qué me dices del gran Nairoman, Eriberto? —dice Papá—. Está para ganar el *Tour*, es un gran deportista boyacense y le ha dado muchos días de gloria al país.

—¿Viste a James en su nuevo equipo europeo? Ahora sí va volver a mostrar sus gambetas y sus goles.

Papá es un señor simpático y a las personas del pueblo les cae muy bien, porque es sencillo, respetuoso y educado. Nunca está de mal humor.

Gaby recibió todo su encanto. Yo soy más espontánea, extrovertida y me gusta la medicina, como a mi abuela Cecilia.

Papá me regaló un libro de anatomía humana. Todo ilustrado. Un día, de cargarlo bajo el brazo se me entumecieron las once *phalanges digitorum manus*. Las falanges de las manos son catorce, pero cuando uno carga el libro no interviene el dedo pulgar. Entumecer es cuando, por unos instantes, un brazo, pierna o dedo olvida el movimiento, la sensibilidad o la flexibilidad, lo cual produce una sensación de hormigueo. Lo sé porque cuando voy de visita a mi médica, yo termino haciendo la consulta y llego a la casa repitiendo palabras como proximal, medial y distal.

Desde la primera ojeada pensé que era un libro de historia porque en sus páginas iniciales aparecen láminas del hombre prehistórico, pero no. Es un libro que, aunque grande, no solo me ha enseñado de huesos y músculos, sino también, con sus ilustraciones a todo color, de la forma, estructura y disposición de los órganos y partes del cuerpo humano.

A veces pienso que en plena era del internet, Papá compró este libro porque era el último de la estantería o porque había una promoción y lo encimaron por la compra de un par de medias. La verdad es que me parece más práctico observar el libro. He hecho las mismas consultas en internet y encuentro ilustraciones con la misma información y, además, la pantalla del computador me cansa los ojos.

Aunque parezca imposible, mi libro de anatomía también cuenta historias. Por ejemplo, el cuento evolutivo de nuestra civilización, desde el *Homo habilis* hasta el *Homo sapiens sapiens*. Las páginas están colmadas de ideas literarias, solo hay que tener creatividad. Hace mucho leí *La isla del tesoro* y, gracias a mi libro de anatomía, comprendí cómo un pirata podía usar una pata de palo o un garfio como mano. Ahora se me da por pensar en los misterios que alberga el cerebro y me pregunto cómo hacemos para cambiar de idioma en una conversación ¿Cómo hace el cerebro para traducir? ¡Ese sí sería un muy buen cuento para contar!

VI

Terminé de practicar con la guitarra y volví a la sala. Mamá seguía al mando del transbordador espacial: balaca, micrófono y dulce voz. Contemplé su concentración en su quehacer pedagógico virtual. Debió sentirse observada, porque me dijo que jugara con Gaby.

—No me entusiasma jugar con una calculadora que no sirve para nada —dije.

—Juega con ella y usa tu imaginación. A ti se te facilita la representación de personajes de los cuentos ¿por qué no usas tu capacidad para crear una pieza teatral con tu hermana? Pon a funcionar tu lado histriónico, el que usas con tu Papá.

Imaginé las escenas que le hago a Papá para que ceda a mis caprichos. Escenas dignas de un premio a la mejor actuación en escenario hogareño y con público reducido.

—Juega con Gaby y encuentra una historia para niñas.

Cedí con cierto refunfuño.

Era preciso un pimpón en la nariz y la peluca del jugador de la selección de fútbol que Papá tanto admira. Me acordé de los cuatro años de edad de Gaby y me sentí ridícula. Imaginé a mi hermanita haciéndome saber, con expresión poco risible, lo patética y ñoña que puedo llegar a ser.

Pensé en que una clave para jugar con niñas es que tienes que ser lo más exagerada que puedas en la forma de actuar y de hablar para llamar la atención. Al fin y al cabo, tenía que ser ridícula, patética y ñoña, todo al mismo tiempo. Eres la hermana mayor y debes hacer todo lo que esté a tu alcance para que tu hermana menor se burle de ti por el resto de tus días, dije a mí misma.

Tienes que actuar como Sandra Bullock en *Gravity*, que siguió viva después de una colisión múltiple de satélites. Pero ni Sandra Bullock encontraría una historia para jugar con una niña de cuatro años sin hacerse la graciosa.

Llamé a Gaby y ella me extendió su mano de inmediato.

Fuimos a nuestra habitación. Yo no sabía a qué jugar. Miré a Gaby “sería una buena elfa doméstica”, pensé.

Pero no tiene orejas largas ni puntiagudas. No es flacucha. No tiene la nariz ni los pies alargados. No camina descalza. En fin, no es una elfa.

—¿Jugamos a Mary-Bigotes? —le pregunté.

—Sí.

La tomé de la mano.

—¡Vamos! ¡Rápido que nos alcanza Mary-Bigotes! Debemos llegar al castillo de Mause antes de que oscurezca.

Gaby aun no sabía a qué estábamos jugando. Sin embargo, ella corría a mi lado con cara asustada por mis alaridos. Salimos corriendo al patio y volvimos a refugiarnos en la cocina.

—No avanzas con prontitud, creo que debo convertirme en una ninfa doméstica. ¡Oh, no! ¡He perdido mi varita de sauce! Diré un encantamiento que me enseñaron en la escuela de magos: “las gotas de agua son bailarinas que el traje sueltan para danzar, cuando las nubes, allí en los cielos, abren los ojos para llorar”.

La niña me miró como preguntándose qué pasa.

¡Oh, no! ¡No funciona mi hechizo! Tendré que ir a buscar mi varita mágica. Quédate a salvo aquí, no salgas de nuestro escondite.

Gaby se acurrucó en el hueco, debajo del lavaplatos. Y yo salí, sigilosamente, hacia el patio. Pero antes había tomado el molinillo que había quedado en la jarra donde Mamá preparó el chocolate.

—¡Oh, no! Está anocheciendo y no puedo ver dónde se encuentra mi varita de nombre Thalía —dije en medio de mi actuación—. Thalía, Thalía, Thalía —y susurré: —¿Qué es esa luz en la distancia?, ¿será Mary-Bigotes que se acerca para convertirnos en moscas de la basura? —¡Oh, sí! Es Thalía, mi varita de sauce. Y levanté el molinillo.

—¡Chocolate! —dijo Gaby, que había salido de la cocina al patio.

Señalando con su dedo índice el molinillo, vino hacia mí, pues quería tener mi varita mágica. Hizo berrinche.

—Pero debo usar mi varita para convertirme en ninfa doméstica para poder ir más rápido al castillo de Mause —dije mientras mantenía elevado el molinillo—. Volvamos a nuestra guarida para que Mary-Bigotes no nos encuentre.

Gaby siguió con su berrinche.

—¡Ves que siempre haces lo mismo! Toma, quédate con mi varita mágica.

Entré y me puse a dibujar con los marcadores en el tablero de caballete ubicado en el pasillo, en tanto que Gaby, sola en el patio, no sabía qué hacer con el molinillo. Yo quería dibujar una *Maléfica*, pero dibujé un mamarracho. Al momento, llegó Gaby con su carita triste, la misma carita del perrito de peluche al que Mamá llama Giordano. Me ofreció el molinillo. Ahora ella quería los marcadores para dibujar en la pizarra acrílica.

En ocasiones, olvido que mi hermanita tiene la costumbre de imitarme o querer lo que yo quiero para que le ponga atención. Esto me lo ha dicho Mamá, insistentemente.

—Ella es la bruja Mary-Bigotes —dije, señalando el tablero en el caballete—. Hazle los bigotes y el cabello espanchirado —e hizo unas rayas sobre el dibujo.

Fui a la habitación por una cobijita de bebé y un recibo cancelado del servicio del agua, lo rompí en pequeños pedacitos y nos dirigimos a la cocina a escondernos. No fue difícil volver al juego inicial.

Tomé mi varita mágica y pronuncié las palabras mágicas: ¡Rimbomban, Ratibum, Badabum, bom-bom-bún, que Gaby sea una ninfa doméstica! Al tiempo le cubrí la cabeza con la esquina con pliegue de la cobijita de bebé. Quedó como Caperucita rosada. Puse los pequeños trozos de papel en la palma de mi mano y los soplé. Su carita se iluminó con una sonrisa.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Haz desaparecido! —dije varias veces, a la vez que buscaba, dándole la espalda.

La niña me seguía, diciendo aquí, aquí, aquí estoy.

Giré mi cuerpo e hice una expresión de sorpresa.

—Tú no eres una ninfa doméstica —dije—. No eres el ave mágica que invoqué. En cambio, eres una elfa doméstica.

—¡Oh, no! Algo debí pronunciar mal.

—Yo sí. Yo sí. Yo sí —acertaba a decir la niña.

—Ya lo recuerdo —dije en voz alta y con tono misterioso—. Todo está bien. La varita no usa el hechizo con lo que uno escoge, sino que ella funciona con lo que uno desea. Yo había deseado que te convirtieras en una elfa doméstica.

Salté expresando alegría con los brazos extendidos; lo mismo hizo Gaby.

—Debemos escapar de aquí ahora. Pero debemos evadir a Mary-Bigotes.

Puse mi dedo índice en la boca, en señal de silencio. Con el molinillo en la mano, nos acurrucamos y salimos al pasillo. Allí estaba el caballete con el mamarracho hecho por las dos. La cobijita de bebé se arrastraba por el piso y, sin querer, Gaby pisó un de los bordes, perdió el equilibrio y cayó.

—No le harás daño a mi hermana, Mary-Bigotes —grité—. ¡Corre, mi elfa doméstica, corre al castillo de Mause!

Nos levantamos y corrimos a la habitación de Mamá. Gaby se metió bajo la cama mientras yo desde la puerta apuntaba al tablero acrílico con el molinillo.

—Se ha agotado tu poder Mary-Bigotes —y hacía ruidos extraños con la boca—. ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh!

Gaby se acercó y me miró como preguntando si ya había terminado la batalla de las hechiceras.

—Sí. ¡Te derrotamos, Mary-Bigotes! —dije mirando a Gaby.

Puse la varita mágica en sus manos y con ella señalamos el dibujo disparando rayos de luz. ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh! ¡Puigcchhh!

Nos acercamos al tablero. Al lado estaba el borrador, lo tomé e hice una pasada sobre el acrílico.

—No nos volverás a perseguir nunca más —y terminé de borrar el tablero.

Saltamos y nos abrazamos por haber logrado la victoria.

—¿Por qué tanta alharaca? —preguntó Mamá.

—Vencimos a la hechicera que nos acechaba y pudimos llegar al castillo de Mause a tiempo para estar a salvo.

Mamá sonrió y me miró girando los ojos. Gaby seguía con la cobijita de bebé y el molinillo.

—¡Ay! ¿Y ahora? —dije con tono y expresión de terror.

—¿Y ahora qué? —contestó Mamá.

—Yo usé a Thalía para convertir a Gaby en ninfa doméstica, pero la varita la convirtió en elfa doméstica. Y no sé cómo devolverla a su forma original. No podré volver a jugar con mi hermanita *never and ever*.

—Tú me dijiste una vez que no te gustaba que te llamaran Thalía.

—Es que no soy yo. Thalía se llama mi varita mágica.

Gaby me entregó el molinillo.

—Mamá volvió a sonreír girando los ojos.

Tomé el molinillo y, cual director de orquesta con la batuta, en dirección de mi hermana, pronuncié las palabras mágicas:

—¡*Rimbomban, Ratimbum, Badabum, bom-bom-bún*, que esta elfa doméstica vuelva a ser Gaby!

La niña seguía como Caperucita rosada.

—¡Mamá, hagamos algo para que ella vuelva a ser tu hija!

—¿Y si ya terminan el juego?

—Ya lo terminamos. Pero no sé cómo devolver a tu hija a la normalidad.

—Pues yo la veo normal. Pasen a almorzar —dijo Mamá.

—¡Ah, ya sé!

Me senté en la silla de Mamá. Me quité un zapato y saqué mi media de puntos y se la ofrecí a Gaby al tiempo que le quitaba la cobijita de la cabeza.

—Toma. De ahora en adelante eres una elfa libre.

VII

Era almuerzo comprado y traído a domicilio. Arroz blanco, carne sudada, tajadas de plátano, verdura y papas saladas. Sin sopa para mí. Todo muy bien puesto en un empaque reciclable de cartón que en la solapa rezaba: “Almuerzo casero doña Flor”. Traía buen aroma, aunque no le encontré sabor especial. A mi paladar, la comida de restaurante sabe siempre igual.

Comencé por la carne, la desaparecí en tres bocados. Luego el arroz, las tajadas y la verdura. Sanmi dice que yo soy *de buen diente*. Finalmente, las papas saladas. En la segunda, al partirla a la mitad noté que algún gusano, muy sano, días atrás ya se había dado una francachela dentro del tubérculo.

En nuestras conversaciones, cuando la visitaba antes del *Covid-19*, mi médica me había dicho que las personas dispuestas para la medicina y otras carreras, como microbiología, no sufren de ese desagrado físico que para muchos produce ver un gusano en una papa salada. Se deja a un lado y ya, solucionado.

Vi el mapa del agujero de gusano e imaginé a Stephen Hawking estudiando astrofísica en una papa salada de su almuerzo. Mi cavilación me sacó una sonrisa.

Escuché sonar el teléfono de Mamá. Era la acostumbrada video-llamada de Sanmi. Él llama casi todos los días para saludarnos.

—Hola hermanita querida —dijo él.

—Hola, acabamos de almorzar —agregó Mamá.

Gaby se asomó a la cámara.

—How are you? —dijo, apenas vio a la niña.

—How are you? —balbuceó Gaby.

—Okey.

—Okey.

Mamá me enfocó con la cámara del celular.

—Hola Alejita.

—Hola Sanmiguelito, ¿vienes el viernes?

—No lo sé todavía. Por la pandemia no hay transporte —afirmó.

—Viaja en tu bicicleta y así no cargas mochila —propuse.

—Sí, sería genial, pero hasta que no levanten las medidas de confinamiento preventivo, no podemos viajar —dijo—. ¡Las extraño mucho! Pásame a tu Mamá.

Sanmi es todo un deportista. A lo largo de las semanas y los meses recorre las carreteras en su caballito de dos ruedas. Prepara cada ruta con técnica de orfebre para que cada salida sea mejor que la anterior.

Hace unos años un joven músico, llamado Sergio Jiménez, lanzó una canción que se convirtió en himno para los ciclistas de estas tierras. Pensando en la letra de esta canción:

“Campesino de los más guapos

le canto porque me late

esta tierra verde del corazón

porque recordé una vieja canción

que al alma me llega”.

Mamá bordó en el espaldar de su chaqueta rompe-vientos, con letras color fucsia, “Campesino de los más guapos”.

VIII

A pesar de que no toco la guitarra con frecuencia, Mamá contrató una tutora. Tres días a la semana, de cinco a seis de la tarde, punteo el *happy birthday*, un *vals* y acordes para soltar los dedos.

Vi mi guitarra colgada en la percha. En el bolsillo externo del estuche estaba mi cuaderno de apuntes musicales. Me acerqué, bajé la guitarra y, sin abrir la cremallera, saqué el cuaderno. Estaba abierto en la primera página. Había una frase escrita por Sanmi: “Deberías estar tocando guitarra”, acompañada por notas musicales que él mismo había dibujado. La verdad no me gusta esa primera página.

Cerré el cuaderno como se cierra el juego en la película *Jumanji*: los dados indican tres e inmediatamente el juego los transporta al instante previo a comenzar a jugarlo. Justo en ese momento llegó Mamá a la puerta de mi habitación. Rápidamente, volví a meter el cuaderno en el compartimento del estuche de la guitarra, rogando en mi interior que Mamá no me pidiera que tocara una pieza, y salí corriendo.

Me gusta escuchar cómo mi tutora interpreta la guitarra. Su música es clara e invade todo el recinto. Casi siempre comenzamos cantando la “Flaca”, de Andrés Calamaro.

Quiero llegar a ese nivel de alegría con el instrumento. Aunque todavía yo no acompaño en la guitarra, he aprendido a cantar algunos temas de Enanitos verdes, Cristina y los subterráneos, Miguel Mateus, Duncan Dhu, Caifanes, Ekhymsis, Los de Adentro, entre otros. Al comienzo se me dificultaba cantar porque esforzaba la laringe y mi tutora me miraba con asombro. Creo que yo cantaba como una cabra o como una gata enamorada. Ahora me relajo y dejo que fluya.

En cada ejercicio musical que practico, me pregunto si me gusta la guitarra y termino abrazándola entre sonrisas.

Hemos tenido muchas clases con la profe de guitarra, pero no es que yo quiera llegar a ser una guitarrista reconocida. Más bien es por ocupar mi tiempo libre en algo productivo.

De vez en cuando me echo en el sillón de la sala y trato de sacarle notas, mientras canto una canción de las que me sé, pero creo que cuanto más toco más hago llorar a la pobre guitarra. Por eso a veces me pongo alicaída, no me salen las notas que quiero y tengo que volver a hacer los ejercicios básicos.

Mamá dice que no me desmotive, que las cosas llegan perseverando y trabajando por ellas, que la práctica hace al maestro y que un día voy a interpretar la guitarra como la profe.

IX

Esta chinita es como medio rara —dijo Mamá—. Te llevo una hojaldra de arequipe a tu habitación y me atropellas en tu carrerón. Quiero que me ayudes a narrar un cuento para mis niños de grado primero.

—No sé ninguno.

—Podemos preparar algunos.

—Sí. Está bien.

—¿Te comiste la hojaldra?

—Sí señora. ¿Cuándo preparamos la narración?

—Ahorita mismo.

—¿Tienes los cuentos o busco en la biblioteca?

—Busca algunos, para niños de cinco a ocho años.

—Los que son de imágenes y poco texto.

—Sí, esos —dijo Mamá—. Gaby también participa para que haga el sonido de los animales.

—Pero ella no sabe hacer como el elefante o como la cebra.

—De eso se trata. Muchos niños que van a escucharte saben cómo hace un cerdo, un caballo, una gallina, pero no saben los sonidos que producen otros animales que no son del campo.

—No demora en llegar Papá —dije.

Mamá miró el reloj.

—Sí. Por ahí en media hora.

—Voy por los libros —dije, y estuve al borde de reparar en que nos interrumpiría la grabación—. Primero, hagamos un guion y lo ensayamos varias veces antes de grabar el audio.

—Excelente idea, angelito. ¡Tú siempre tienes buenas ideas! Cuando llegue tu Papá tú continúas, mientras preparo la cena.

Únicamente, en estas escenas me dice “angelito”.

—Yo me encargo del libreto —dije.

—Eres un sol.

Yo sabía que Mamá lo tenía todo planeado en su mente, no solo la tarea de narrar el cuento, sino todo, hasta el momento de dormirnos. Escogimos “La amistad de las serpientes”, un cuento divertido de Leonardo Rengifo que relata la interacción de madres e hijas.

—¿Y si Papá no llega?

—Si él no aparece quiere decir que no hay en qué transportarse, y debo ir a recogerlo.

—Gastas dos horas en ir y volver. Lo mismo que me demoro en preparar una torta de queso con bocadillo —dije como si quisiera que Mamá no escuchara.

—¿No me digas que piensas preparar tortas a estas horas? —dijo Mamá—. La última vez te dolió la pancita porque casi te la devoraste completa.

Ella en el fondo sabía que si iba por Papá yo terminaría preparando la torta de queso.

—No, señora —pronuncié con sonsonete.

—La cena es suficiente para quedar satisfechas. No es conveniente que prepares más comida.

—Un día voy a cambiar la medicina por la cocina.

—Después de ese día no nos echas culpas por nuestro sedentarismo, nuestro sobrepeso y nuestros problemas cardíacos.

—No podría soportar el cargo de conciencia de saber que mi familia murió por hipertensión arterial o diabetes o un patatús por arritmia. Y todo por llevarles la comida a la mesa cinco o seis veces al día.

—Deja así, mejor. Quedémonos con nuestra bella figura que tenemos —sonrió Mamá.

—Las hipopótamas se identifican con nuestra figura —dije con sarcasmo.

—No exageres.

Nos reímos como locas.

—¿Vas a preparar la torta?... No me contestes.

Me detuve en la forma que Mamá usa una pregunta retórica para aprobar mi gusto por repostería casera.

—No señora —volví a pronunciar con sonsonete.

—Gracias a Dios —dijo—. Nunca se ha sabido de alguien que se enferme por comer balanceado y mantener los buenos hábitos saludables. ¿Cómo vas con el libreto?

—Bien. Estoy distribuyendo las entradas.

—Excelente. ¿Ya llegaste al momento en que la Mamá serpiente se va al desierto a poner un puesto de arepas, arroz y café?

—No me cuentes el cuento, porque no disfrutaré su lectura —dije con cierta indisposición por no saber de qué parte del cuento me estaba hablando Mamá.

—Solo lo decía, porque justo en esa parte, te haré una pregunta.

Pienso que esa es una forma que tienen las Mamás para asegurarse de que uno está haciendo lo que ellas encomiendan.

Ojeé el libro rápidamente, y encontré que el dichoso puesto de huevos con arroz y arepas era el párrafo final del cuento. Así son las Mamás.

X

Escuché la llave de Papá en la puerta.

—¡Llegó Papá! —grité y corrí a abrazarlo.

Papá siempre compra colaciones para traernos. Esta vez trajo repollas, son deliciosas porque adentro tienen mucho arequipe, como los cartuchos.

Se agachó para alzar a Gaby, y yo, con un abrazo de oso, me aferré a su pecho. Nos acercamos a Mamá para el respectivo beso. Nos sentamos en la sala y Mamá reclamó por “el dulce a estas horas”. Mamá siempre dice lo mismo “te recomiendo que en vez de arequipe traigas frutas para las niñas”. Papá sonríe, pero nunca hace caso. Amo a Papá.

Me senté en las piernas de Papá.

—¿Te cuento un secreto?... Mamá es una astronauta.

En mi relato relacioné el lugar de trabajo de Mamá con una descripción detallada de una nave espacial. También me referí a su forma de comunicarse y al *click* del mouse. No me creyó. Solo mantuvo su sonrisa todo el tiempo e hizo los mismos gestos que yo le hago a Gaby para darle a entender que le estoy poniendo toda mi atención.

—¿Te gustaría ser una astronauta? —dijo Papá—. Podría ser otra opción, aparte de la medicina. Imagínate viajando en un transbordador interestelar de un planeta a otro o de la tierra a la luna.

—Debiste comprarme libros de astronáutica y no de medicina. Y en vez de ir a conversar con mi médica debiste conseguir una ingeniera espacial para que atienda mis malestares estomacales.

Reímos y dejamos por sentado que continuaría aprendiendo de medicina.

XI

Mamá terminó de poner la cena en la mesa.

—Servido —dijo.

—Tu hija cree que tú eres una astronauta —dijo Papá.

Nos reímos. Qué Papá el que tengo. Le cuento un secreto y me expone frente a toda la familia en plena cena. Ya entrada en gastos había que dar más razones o, por lo menos, repetirlas: su balaca integrada con audífonos y micrófono, monitor y teclados computarizados, emisión de señales y mensajes, comandos de lenguaje, y más.

—Debes ir comprendiendo que a partir de la pandemia por *Covid-19*, las escuelas, los colegios y las universidades están cambiando sus dinámicas para ofrecer la educación a sus estudiantes —dijo Mamá.

Papá buscó en su celular las clásicas imágenes de astronautas y me mostró algunas fotografías de la cosmonauta rusa Valentina Tereshkova, primera mujer en estar en el espacio exterior.

—Tal vez un día viaje a tu planeta —dijo Mamá con tono burlón.

—Como que la aplicación de Youtube en el celular te está idiotizando con esos de videos de Karol, Justin, Maruja y Valdín —dijo Papá, aceptando la mofa de Mamá.

—Papá, menos mal esto lo estás diciendo dentro de la casa ¿Qué tal tú diciendo Maruja y Valdín delante de mis amigas? Moriría de la vergüenza. ¡Qué oso, papá!

Terminamos de comer. Mamá recogió la loza y nos quedamos con Papá en la mesa. Alcancé mis hojas del libreto y me dispuse a continuar mi tarea en la mesa.

—Te conté un secreto y tú lo ventilaste con Mamá y Gaby.

—Fue solo para tener tema de conversación. Te quiero mucho —dijo Papá—. Cuéntame qué haces con este libro y estas hojas.

Consideré lo ocurrido en la cena y pensé rápidamente que no debía contarle sin antes llegar a un acuerdo. Quería decirle que el haber contado mi secreto tenía un grado de cinismo. Pensé en un acuerdo que no reflejara mi actitud de niña resentida.

—Estoy haciendo un gran proyecto de radio.

—¿Ah sí?, ¿y puedo participar en tu proyecto?

Perfecto. Papá había mordido el anzuelo.

—Hemos estado muchos días encerradas en estas frías paredes, ¿mañana podrías llevarme en el carro a dar una vuelta?

—Sí. Iremos con Gaby y tu Mamá —dijo Papá.

—Está bien. Sí puedes participar de mi proyecto.

Papá hizo ojos de sorprendido. Aunque se esforzó para que yo no percibiera que él se había dado cuenta de mi sutileza.

Estuvimos más de una hora trabajando en el guion. Hasta que Mamá vino a decir que ya era hora de ir a la cama a descansar.

XII

Papá vino a despertarnos a Gaby y a mí. Eran casi las nueve de la mañana. Te bañas y te organizas. Tu Mamá se encargará de Gaby. Voy a tanquear el carro y a las diez de la mañana salimos a dar una vuelta. Vamos a saludar a mi hermano Carlos.

Entredormida oí las palabras de Papá. No puse ni cinco de atención a lo que Papá dijo. Yo solo quería seguir durmiendo.

—Sí, señor —respondí por inercia.

Mientras me bañaba, llegaron a mi memoria las palabras de Papá: —"Vamos a saludar a mi hermano Carlos".

—¿A mi hermano Carlos? —me pregunté. Mi tío Carlos vive en el campo, en la vereda de Mause, ¿será que escuché bien?

De inmediato salí del baño envuelta en la toalla.

—¡Mamá! —grité caminando hacia mi habitación.

Mamá y Gaby ya estaban organizadas y esperando a que Papá llegara.

Mamá entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Estuvo así todo el tiempo, diciéndome qué ponerme. Obviamente, no coincidimos en ninguna prenda de las que yo pensaba usar.

—Vamos para el campo, niña —dijo—. Después de tantos meses, tu tío estará feliz de vernos.

—Seguro —respondí.

Salimos de la habitación. Mamá tenía en su mano unos tapabocas que le había encargado a la señora Olga, la modista. Me entregó uno rosado y fuimos a la sala. Mamá ya tenía todo listo: una caja con compras de tienda, una bolsa de frutas, mogollas, pan y una botella de vino del Casillero con su respectiva caja de colaciones. De momento, no supe si íbamos de visita o nos íbamos a quedar tres meses.

Me senté en la puerta de la casa, mirando hacia fuera. El cielo azul dejaba transitar las nubes tenues como lana descarmenada. El sol sabatino iluminaba la mañana y se percibía en la brisa ese olor a campo.

Casi a dos cuadras vi llegar a Papá en el carro. Me levanté.

—Llegó Papá —grité.

Papá hizo sonar la bocina dos veces. Se bajó y lo abracé como si no lo hubiera saludado antes. Me hace feliz que él cumple sus promesas, así cuente mis secretos. Papá entró a la casa e inmediatamente salieron Mamá y Gaby. Yo ya estaba en la silla de copiloto con el cinturón puesto.

—Las sillas de atrás tienen más espacio —lo dije con la intención de que Mamá viajara con Gaby.

El radio estaba encendido en una de las tres emisoras comunitarias que tienen frecuencia en esta zona. Aproveché que estaba sola para cambiar el dial, pero en todas escuché la misma música decembrina. Volví a dejarla en “La voz del cóndor”.

Por el nombre de la emisora estaba pensando en que los cóndores no tienen voz sino que graznan; sin embargo, fui interrumpida por alguien con tapabocas y sombrero que se acercó a la ventana que Papá dejó abierta.

—Señorita, buenos días. Salúdeme a la profesora Azucena —dijo la señora—. Dígale que Antonito no ha podido asistir a las clases de computador porque no tenemos cómo comprar uno, pero que él se sigue valiendo de su compañera Priscila, que ella es la que nos muestra el *guasá* y nos dice qué es lo que toca enviarle.

—Bueno, sí, señora. Si quiere se la llamo para que sumercé hable con ella directamente.

—Si sumercesita tiene la bondad de hacerme el favor.

Desabroché el cinturón y entré a la casa. Papá y Mamá estaban acomodando más cosas en las cajas.

—Hay una señora preguntando por ti, Mamá —relaté, rápidamente, lo que la señora me dijo.

Mamá salió a atender a la señora.

—Entren al baño, porque ya nos vamos.

Papá llevó las maletas al carro y las encajó en la parte de atrás.

Mamá ya se había despedido de la señora. Ya había acomodado a Gaby y estaba lista en la silla de adelante, con el cinturón y todo.

—Fijo fijo me tocó atrás con Gaby —murmuré.

Papá aseguró la casa. Subió al carro y antes de arrancar preguntó: —¿Estamos listos?

—Sí, lo estamos —respondimos en coro y con el mismo sonsonete del programa del muñequito Constructor.

Arrancamos. Mi mente se inquietó por saber si mi tío Carlos tenía servicio de internet. Así que a la siguiente cuadra toqué el hombro de Mamá y le pregunté si había traído sus cosas para conectarse a la plataforma virtual.

—No es necesario porque hoy es sábado. Además, la electricidad es el único servicio que hay en la vereda —dijo—. Empacamos un balón y la guitarra para que no te aburras.

—Más claro no canta un gallo —dije a mí misma—. Va a ser un largo día.

Paramos en el almacén de don Nemesio. En ese momento salió Rocío con una bolsa de jabón en polvo en una mano, un billete y monedas en la otra. Ella se quedó mirando la ventana del carro y yo bajé el vidrio.

—Casi no te reconozco por el tapabocas —dije.

—Muchos meses sin verte, amiga —dijo, mientras se acercaba a saludar a Gaby.

Le hice una seña de que Mamá estaba adelante y ella movió su mano en señal de adiós. A Mamá no le gusta que me junte con Rocío porque la última vez que nos vimos nos cortamos el cabello.

Papá compró maíz para las gallinas. Me entregó la bolsa con el grano.

—Que ninguna gallina se quede sin comer —se dirigió a mí, al tiempo que nos entregaba chocolatinas con maní.

Todo marchaba sobre ruedas: Papá y Mamá hablaban de sus cosas, y yo, de vez en cuando, intervenía para preguntar algo. Atrás, cantábamos con Gaby las canciones de la emisora y jugábamos a “gallinas y restaurantes”, un juego que nos inventamos de la nada. Por momentos, miré a través de la ventana: vacas, caballos, ovejas, perros y gallinas. Entre eucaliptos, pinos y potreros, casas lejanas. Aves en el cielo y nubes blancas, más blancas que el algodón antiséptico.

Todo el camino iba muy bien hasta que comenzamos a encontrar a los vecinos en la carretera. Papá saluda a todas las personas que encuentra, él es más saludable que un *saldefrutas*: —Don Bayardo, buenos días; don Bayardo, qué milagro de verlo; don Bayardo, pase y se toma un tintico; don Bayardo, siga que vamos a servir el almuerzo; don Bayardo, véndame el ternero. Y así, hasta llegar a la finca.

XIII

Pasamos por la laguna antes de entrar a la casa del tío Carlos. Esta es una casa típica de campo. A la izquierda encuentras bultos de maíz apilados en costales de fique tupido. A la derecha, dos sillas de montar caballos con toda su indumentaria. El patio es descubierto, rodeado por columnas de madera. La cocina es un lugar cálido. Tiene una estufa de carbón, una mesa, taburetes y una vajilla en aluminio. Es rústica pero acogedora.

El tío Carlos es un hombre muy sociable, pero vive solo. Papá dice que la gente no suele visitar la finca de su hermano porque hay un fantasma que los espanta.

No hay visita que no cuente la historia del supuesto fantasma. Me encanta escuchar esa historia en la voz del tío Carlos: sirve un café campesino, se quita su sombrero alón, se sienta al lado de la estufa, toma uno o dos sorbos de su pocillo grande y comienza su narración.

Hace mucho tiempo estas tierras no tenían cercados. Todo era una sola finca extensa cuyos dueños tenían doce hijos. El menor de todos era un muchacho consentido y terco al que le gustaba llevar la contraria. Un viernes de Semana Santa, como era costumbre en el campo, las familias bajaban al pueblo para compartir las honras religiosas. Padres, hijos e hijas caminaban con cierta distancia y en silencio. Al pasar por el potrero cercano a la laguna, uno de los toros envistió al muchacho menor, haciéndole pasar un susto del demonio.

El hijo menor gritó a su padre que él no continuaría su camino y que, al contrario, se quedaría cuidando la finca y, de paso, le daría una lección al atrevido animal. El anciano padre trató de persuadirlo de que ese día era Viernes Santo y por tanto se debía respetar, pero no hubo poder humano capaz de convencerlo para que continuara la andadura.

Entre tanto, el muchacho quería quitarle la bravura al toro. Así que alistó yugo, lijón, arado, y entre coyundas y rejos acertó a atar al astado animal junto con un buey.

Serían las doce del día cuando el testarudo muchacho cruzó el potrero con la yunta. Aró por tres horas hasta que llegó a la orilla de la laguna.

Allí, el joven gañán vio cómo el agua de la laguna rebosaba sus bordes y, en un abrir y cerrar de ojos, lo consumió todo, incluso a él.

Cuentan que todos los viernes santos, después de que los relojes marcan las doce del mediodía, la gente de las veredas vecinas ve una yunta de bueyes dorados y oye las voces del joven arador que surca la laguna sin cesar.

El único que no ha visto al fantasma es el tío Carlos, ¡qué nervios!

No había duda de que me gustaba escuchar esa historia porque me creaba un vacío en el estómago y me ponía la piel de gallina como si tuviera miedo.

Obviamente, no soy una miedosa. Además, los fantasmas no están dejándose ver tan fácilmente. Ni porque fueran caídos del zarzo, ¡claro que no falta el despistado!

No me imagino al fantasma en una orilla de la laguna, mientras se acicala frente a un espejo, diciendo: “Hoy es Viernes Santo, es el día de permiso para dejarme ver”.

¿Y si no hay personas para verlo?

¡Pobre fantasma! Tampoco me lo imagino deprimido diciendo: “No sé para qué me engalano si ya nadie viene a verme”.

Creo que pienso esto para no sentir escalofríos.

XIV

Después de escuchar la historia del tío Carlos, fui al carro y me puse la chaqueta de Papá. La temperatura adentro era tan agradable que, sin subir la ventana, me recosté en la silla de atrás y quedé dormida.

Sentí el movimiento de ir viajando en caminos rurales.

Y entre el movimiento, unos sonidos.

Como Rosebel interpretando su requinto.

El sonido calló y el movimiento se detuvo.

—Aleja —susurró Papá— ¡Angelito, ya llegamos a casa!

No abrí los ojos, sin embargo, supe que la luz del garaje estaba apagada. El frío de la noche me dejó helada.

Dejé que Papá me cargara en sus brazos y me abracé a él.

Al pasar por la sala oí el sonido del mouse: *click, click, click*. Era Mamá revisando su sala de mando.

Luego Papá entró a la alcoba conmigo en sus brazos, me quitó los zapatos y me arropó con las cobijas.

—Sueña bonito —dijo.

Cerró la puerta despacio.

Floté en la oscuridad, como una pluma cuando cae. Miré hacia abajo y observé en el fondo a alguien que operaba una brilladora industrial que hacía su trabajo, de un extremo a otro, sobre un extenso suelo dorado.

Quien conducía la máquina inalámbrica era un muchacho con su cara empapada y su camiseta mojada, entonaba unos cantos lúgubres de los que solo pude identificar las vocales. Quise cantar con él, pero no podía hacerlo.

Fui acercándome lentamente.

—Hola, ¿qué canciones cantas? —dije mostrando cierto interés.

—No son canciones, es mi llanto —dijo.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—Este lugar es un tesoro, no es fecundo y no produce alimentos. Estoy condenado para siempre al hambre —dijo.

—Puedo llevarte a casa de mi tío Carlos, él siempre tiene comida para todos. Puedes comer hasta saciarte —dije.

—No puedo —respondió—. Debo seguir brillando este sepulcro dorado.

Tomé su mano y nos dirigimos a casa del tío Carlos. Al caminar él iba dejando las huellas de sus pies descalzos sobre el brillo del suelo, pero al salir de ese lugar y pasar por los pastizales, su marcha se marcaba como una plancha caliente y cada pisada quemaba el pasto y emanaba humo.

No reparé tanto en ese aspecto. Entramos a la casa directo a la cocina. Sobre la mesa había pan dulce y un jarrón de masato. También, había curubas y tomates de árbol. Sobre la estufa, una olla de cuchuco de trigo con todos sus aderezos.

Vi que ya estaba comiendo pan, le serví en un pocillo esmaltado el masato y le ofrecí.

—Mis papás, mis hermanos y todo el mundo creen que estoy muerto, pero no es así. He sido hechizado por un malvado duende que me condenó a mantener brillante su tesoro —habló con la boca llena.

—No vi ningún tesoro —dije mientras le servía el segundo plato de cuchuco.

—¡Entonces vamos!, ¡te lo mostraré!

En un abrir y cerrar de ojos estuvimos nuevamente en el lugar sobre el suelo dorado. Me condujo a unas escaleras que descendían y allí desapareció.

Quedó el eco sonoro de su voz como un bello canto litúrgico. Quise cantar siguiendo la melodía monofónica, pero mi boca se abrió y no salían voces de ella. Llevé las manos a mi cara y no encontré los ojos ni la nariz ni la boca. Quise gritar y de un salto repentino me desperté agitada.

El sol comenzaba a entrar por la ventana. En otras ocasiones me resultaba molesto olvidar cerrar las persianas, porque los rayos del sol me despertaban; sin embargo, esta vez tuve una sensación agradable al ver el sol en mi alcoba. Nunca fue tan vivificante ver su luz.

XV

Son las siete de la madrugada —dije para mí.

Me levanté de la cama envuelta en una cobija y fui a la sala. Prendí el televisor y estaban en la película de Harry, la segunda, la de la habitación secreta. Iba justo cuando encierran a Harry en la habitación del segundo piso porque los tíos lo consideran un “bicho raro” y no quieren que arruine un negocio con un cliente. De repente, en su habitación Harry recibe la visita de un elfo doméstico —Dobby, un personaje que me encanta— para prevenirlo de que no regrese a la escuela de magos porque pasarán cosas malas. Harry considera que Hogwarts es su hogar y no acepta la advertencia del elfo.

—Si me visitara un elfo doméstico para advertirme que no vuelva al colegio, yo estaría complacida —pensé y sonreí como boba.

Caminé hasta la habitación principal. Abrí la puerta. Mamá y Papá fingieron estar dormidos.

—Días sin verte —dijo Papá.

—Tengo una pregunta —dije—. ¿Los marcianos existen?

—No he visto el primero, aunque con *Bugs Bunny* aparecía uno negrito, con una escoba en la cabeza y con un perro marciano —dijo Mamá, con tono burlesco—. Casi en todas las películas de Hollywood, los libretistas caracterizan a los marcianos con una personalidad bárbara cuya única misión es destruir la Tierra.

Siempre he pensado que Mamá se expresa bonito cuando habla con propiedad de lo que sabe. “Personalidad bárbara”.

Me eché en su cama, sobre las cobijas, en medio de los dos.

—¿Cuándo volvemos donde Carlos?

—Donde el tío Carlos —corrigió Mamá—. Además, pronto tendremos visita.

—No se vale ir de visita y que tú te duermas a los cinco minutos de nuestra llegada —dijo Papá.

Reconocí que tenía flojera combinada con mal de altura. Claramente, ellos no comprendían una *hipoxia hipobárica*, todo porque la finca del tío Carlos está a 2700 metros sobre el nivel del mar.

—¿Una qué?, —inquirió Mamá.

—*Hipoxia hipobárica* o leve reducción de oxígeno cuando el cuerpo se expone a alturas en las que no está acostumbrado a estar —respondí *ipso facto*.

—Se nota que la medicina es tu pasión —dijo Papá.

XVI

Para que nos levantáramos, Mamá cantó su ya típica canción:

Es hora de levantarse,

vamos a desayunar,

pero antes hay que ducharse

y la boquita lavar.

—Muy buen día, muy buen día, muy buen día.

—¿Qué ganas con andar cantando eso tan temprano? —dijo Papá.

—Nada gano, yo no canto para lucrarme, yo canto por amor al arte —dijo Mamá.

Papá dice que Mamá canta bonito, pero que se le escucha feo, y que un día Mamá va a hacer llover.

Con su cancioncita, Mamá nos mandó a todos a cepillarnos los dientes.

Debería existir otra forma de profilaxis dental que no sea usar crema dental, cepillo y agua. Tal vez un espejo que al sonreírle, hiciera habitualmente la limpieza dental antibacteriana.

El año pasado Mamá me llevó al rutinario control odontológico. No fue el mismo especialista que atendió mi dentadura por más de cinco años. Estaba otra persona. El control es el de siempre: higiene bucal. Sin embargo, el odontólogo vio la necesidad de usar su microtaladro en una de mis muelas, no sé por qué le llaman tiernamente fresa a ese minitaladro. La cosa es que me hizo doler. Me estremece recordar el sonido de la broca redonda.

—Ese joven tiene la mano pesada —dijo Mamá tratando de justificar mi dolor.

A partir de esa cita siento pavor al visitar el consultorio odontológico. Además, “el joven” me prescribió que requería tratamiento de

ortodoncia, así que podría estar toda mi adolescencia con alambres en mi boca. Seré una bella impopular, y todo porque el negocio necesita mantenerse, para eso se inventan nuevos padecimientos.

—No es ningún padecimiento —dijo Mamá—. Tienes algunos dientes torcidos, eso es todo.

XVII

A la media tarde escuchamos una voz muy familiar en la calle. Me puse el tapabocas y abrí la puerta para curiosar. Gran sorpresa, era Sanmi que se estaba despidiendo de otros dos ciclistas. Aunque tenía puesto el cuello que suelen usar, lo reconocí inmediatamente.

—¡Te estaba esperando! —grité, y él me hizo una seña de espera.

Me lancé a abrazarlo y él corrió para evitarme.

—¡El protocolo de bioseguridad, el protocolo de bioseguridad! —decía mientras corría.

Lo perseguí por una cuadra y no lo alcancé. Al final, me cansé y acepté que él era el deportista. Además, él debería estar cansado después de semejante viaje en bicicleta.

—Dile a tu Mamá que ya estoy aquí, que voy directo al patio y no saludo a nadie hasta que me bañe, use alcohol y gel antibacterial —dijo Sanmiguelito.

En realidad, mi tío se llama Rosendo en honor al abuelo de Mamá, pero todos le decimos Sanmiguelito porque nació el 29 de septiembre.

Mientras él se organizaba para saludarnos, Mamá preparó chocolate, queso y mogolla, y fuimos todos a la sala.

—Me gusta mucho que estés aquí —dije, y lo abracé.

Sin duda, una de las visitas que más disfruto es la de Sanmiguelito porque aparte de ser mi tío es como un amigo, aunque me provoquen aburrimiento sus clases de inglés.

Hablaron como loras mojadas hasta casi las siete de la noche.

Sanmiguelito puso a Gaby en sus piernas para deleitarla con su *bella canzone*:

Trotta, trotta il cavallino

che domani è San Martino,

San Martino è già passato

il cavallino è già Trottato.

Mi abuelo era serenatero, la abuela canta, Mamá canta, Sanmiguelito canta y aunque ninguno es artista, los cuatro son una familia feliz, llena de buen humor.

Mi médica una vez me dijo que si yo cantaba mi cerebro produciría las hormonas de la felicidad: dopamina, oxitocina, serotonina y, sobre todo, endorfina, y tendría un óptimo estado de ánimo. Solo espero que la ortodoncia también produzca esas moléculas de la felicidad.

—Eres una mariposa monarca, Aleja —dijo Sanmi.

—Pronto volveré a ser una oruga.

—Creo que la metamorfosis no es regresiva, ¿o sí?

—Para esta mariposa, sí. Mamá y Papá están pensando seriamente en un tratamiento de ortodoncia para mí —dijo haciendo pucheros.

Imaginé a una mariposa monarca con su espiritrompa de alambre en espiral, tratando de desenrollarla para llegar al néctar de una flor.

—Bienaventurada tu boca y complacencia para tus dientes —dijo Sanmi. Luego sonrió.

—Se acabó mi impopularidad. Pasaré del anonimato a ser la novia de Nicolás Mora, el de la telenovela.

Sanmi se rió.

—¿Qué voy a hacer con todo ese metal en mi boca?

—¿Y si cambias la carrera de medicina por la de ingeniería metalúrgica?

Con algo de histrionismo, suspiré profunda y prolongadamente.

—Al menos no seré presentadora de la sección de farándula de los noticieros.

—¿Y qué tal Ingeniera eléctrica?

—Figúrate que en Navidad haya un fallo de luz y me llamen. Yo reparando el daño y, por los alambres en mi boca, sea conductora de electricidad. Tocaría quedarme toda la noche siendo un puente eléctrico entre cables. Me perdería los regalos y la cena.

Nos reímos mucho, como en el circo. Sanmiguelito es un payaso.

A pesar del viaje en bicicleta, Sanmiguelito estaba con mucha energía, aunque un poco quemado, no sé si por la brisa o por el sol.

En su celular me hizo ver las aplicaciones de GPS que usa para montar en bicicleta. Lo último que me enseñó fue el mapa con la ruta que acababa de hacer: 114 kilómetros.

Sanmi ha incrementado su nivel y, a este ritmo, muy pronto requerirá de una bicicleta de alto rendimiento para que pueda venir al pueblo a visitarnos.

Mi pueblo es un Edén, un constante esplendor. Es una lástima que estemos viviendo esta pandemia de *Covid-19*, porque si no, estaríamos montando bici en el polideportivo o jugando en la calle. Otros pueblos, aunque más cercanos a las ciudades o sobre las vías principales del departamento, nunca serían tan geniales como este.

Sin embargo, invité a Sanmiguelito al balcón de la casa para ver las luces de la lejana montaña cubierta por la noche. Estábamos comiendo helado casero. Mamá nos acompañó con una taza de aromática. Los tres conversamos de todo un poco.

Sanmi es un joven sencillo, educado y con mucha cultura, no solo por sus estudios, sino porque conoce muchos países. Él siempre tiene buenas historias para contar.

Mamá fue a acostar a Gaby y a hablar con Papá. Invité a Sanmiguelito a la habitación para enseñarle mi último regalo de Papá: mi nueva guitarra para zurdos.

—Me gusta mucho que vengas a visitarnos —dije, y rasgué la guitarra.

Habitualmente, tratamos de mantener comunicación por videollamada y somos buenos amigos. Más amigos que con los otros tíos y tías. Con Sanmi podíamos quedarnos hablando por horas y horas, y él me presta tanta atención como a esos doctores en filosofía con los que se relaciona en su trabajo.

—Toca *Nothing else matters* de Metallica.

—¡Tan bobo! Ni siquiera la conozco —dije—. Mejor escucha esta y me dices si suena bien.

Había practicado el punteo del cumpleaños todo el tiempo. Tenía que salir bien. Y así fue.

—*Muito bem*, —dijo y aplaudió—. Ahora, déjame presentarte tres canciones para que las vayas conociendo.

Hace unos años Mamá me había contado que Sanmiguelito tenía un programa de radio en la emisora de la universidad. Y que aunque a ella no le gustaba mucho la música que programaba, lo ponía por internet para escuchar la voz y sentir a su hermano cerca.

Abrimos el computador portátil. Rápidamente, escribió en el buscador de YouTube: canciones acústicas.

—La primera es *Hotel California* de Eagles —dijo Sanmi—. Se trata de una persona que va en su carro y llega a un hotel encantado, o algo así. Es una melodía pegajosa.

—¡Uff! Creo que va a estar difícil —dije sin quitar la mirada de la pantalla.

—La segunda es igual de genial —continuó diciendo—. ¿Sabes quién fue Tesla?

—Sí. El gran inventor en el campo de la electricidad, la mecánica y la física. Pero su genialidad se vio opacada por la sombra de otro gran inventor: Edison.

—Sí, el mismo. Pues, hay una banda de música que se llama Tesla, en honor a Nikola Tesla. Ese grupo tiene una canción titulada *Love song*. Escuchémosla.

Le dio *play* al video y cantó suavemente la canción de amor.

Yo no le puse atención a la letra y me fijé en los músicos, un poco descuidados, pero magistrales en su interpretación. Hacen resonar los instrumentos para que el público se rinda a sus pies.

—Estos músicos buscan la gloria más que la fama —dije.

—Sí. Mira la tercera —dijo—. Este grupo se llama Roxette y vamos a escuchar *Listen to your heart*.

—¿Ah? —exclamé.

—Roxette también tiene canciones en español.

La tercera me gustó más, tal vez por la voz femenina o porque Mamá canta una de esas canciones en español. Me pareció divertido el cabello corto de la vocalista.

—Si mal no estoy, Mamá canta esa que comienza: “¿Qué hora es?, bienvenida la mañana” —canté—. La lalalá la la la la lalalaaaa.

—Sí. Esa canción es de Roxette y se titula “Un día sin ti”, —dijo.

XVIII

Me despertó el olor a comida. Sin duda Sanmi estaba preparando el desayuno. Había un aroma delicioso en el ambiente, como de gelatina.

Me levanté directo a la cocina.

—Buenos días. Ya me bañé y ya me cepillé los dientes —dijo Sanmi.

—Buenos días. Por lo visto, no vas a salir a entrenar en tu bici —dije.

—No. Hoy descanso.

Sanmiguelito dice que no se debe duchar antes del entrenamiento porque le dan calambres.

Puso un plato en la mesa.

—¿Te parece si vas y te cepillas mientras preparo tu desayuno?

—De acuerdo.

Salí sin refunfuñar porque sabía que hoy desayunaría algo raro. Alguna preparación entretenida.

Volví a la cocina. En la mesa estaba el plato con trocitos de banano y manzana. Encima de la fruta, avena, maní y uvas pasas. Al lado, un vaso de yogur y un plato pequeño con una zanahoria cocida, partida en tajadas y chorreada de leche condensada. Y venía en camino un plato con huevos revueltos con queso y un cuarto de mogolla.

—Un pajarito me dijo que estabas escribiendo un guion para un programa de radio —dijo Sanmi.

De inmediato supe que Mamá ya había adelantado cuaderno con Sanmi. Mamá me había encomendado ese deber hacía varios días y, como cosa rara, a mí se me pasó.

Ya estaba terminando de desayunar, solo me quedaba el segundo plato.

—Te estaba esperando para continuar trabajando en ese proyecto porque un pajarito me dijo que tuviste un programa de radio en la universidad —dije, cruzando los dedos y haciendo gesto de súplica.

—Muchas gracias por incluirme en tu proyecto de radio. Entonces, manos a la obra. Sé que tienes algo adelantado, así que no nos tomará toda la mañana. Debes ponerme al tanto y continuamos.

Sanmi es un amor de hombre. La muchacha que lo conquistó será una afortunada, se ganará la lotería a ojo cerrado.

Fuimos a la sala. Traje mis hojas del libreto y le di a conocer mis ideas. Luego, mientras leíamos el cuento, Sanmi iba tomando notas. Al terminar la lectura me compartió sus apuntes y dialogamos al respecto. Diseñamos una rejilla de cinco secciones para el texto que dirían Gaby, Mamá y Papá. Descargamos música de fondo y algunos sonidos. Fue genial.

En la tarde, después de reposar el almuerzo, Sanmi me invitó a montar bici a la cancha de microfútbol, pero no quise porque mi bicicleta está para regalarla por chatarra, en cambio, propuse que fuéramos a patinar.

—Esa cancha es un espacio propicio para mí y mis patines —dije.

—Entonces vamos y me enseñas a patinar —dijo Sanmi sonriendo.

Yo sabía que era por salir de la casa a tomar aire. Aunque en el pueblo no ha habido casos de personas infectadas, Mamá no nos permite salir de la casa por el riesgo de contagio. Ella siempre dice que “uno nunca sabe”. Sin embargo, el encanto de Sanmi la convenció para que me diera permiso de llevar mis patines.

—¡Tapabocas, gel antibacterial y alcohol antiséptico, por favor! —dijo Mamá, y le dio un kit antiséptico a Sanmi antes de salir.

Las calles no estaban tan solas como lo imaginé, pero el tránsito vehicular sí estaba reducido. Y aunque el pueblo no es grande, debíamos caminar cinco cuadras, del centro hacia un extremo.

—Hace meses que no sentía la presencia de mi pueblo —dije.

—Pues este pueblo está feliz de verte y de que recorras sus calles nuevamente —dijo Sanmi mientras se acomodaba los cordones atados de los patines en su hombro.

—A veces quisiera vivir en la tranquilidad de un pueblo como este —volvió a decir.

Sin decir ninguna palabra se acercó a la puerta de una casa, tocó el timbre y salió a correr, riendo como un loco.

Alguien se asomó a una ventana y yo seguí tranquila como si nada.

Cada pisada de sus tenis se escuchaba como galope de caballo y un pekinés ladrando le salió al paso. Sanmi paró en la siguiente esquina y el perro dejó de perseguirlo.

Nos fuimos caminando despacio y al llegar a la solitaria cancha sentí una brisa perfumada a limonaria. Me detuve a pensar en que ya no existía la tiendita de puertas verdes que vendía helados de palito, de jugo de curuba.

Di mil vueltas en patines siguiendo el trazado de las líneas de la cancha. Sanmi se sentó pacientemente en las escaleras a esperar a que los patines me cansaran.

Al cabo de una hora volvimos a la casa y al tocar la puerta:

—¡Tapabocas, gel antibacterial, alcohol antiséptico y se lavan las manos, por favor! —dijo Mamá.

XIX

Sanmi pidió permiso para que yo pudiera acompañarlo a visitar a una amiga que conoció en la universidad. Él tenía varios amigos, pero con el aislamiento preventivo solo visitaría a Liliana por su cumpleaños.

—¡Tapabocas, gel antibacterial y alcohol antiséptico, por favor! —gritó Mamá desde el patio.

Nos dirigimos a la floristería para comprar un arreglo floral. Luego compramos tres chocolatinas con maní, una para el regalo y dos para nosotros. Ahora sí, rumbo a la casa de Lili.

Aunque había timbre, Sanmi optó por dar tres golpecitos a la puerta, como un santo y seña. Casi de inmediato se abrió la puerta y apareció Lili: una mujer alta, delgada y con una sonrisa de oreja a oreja. Si yo no hubiera estado, ella se le hubiera lanzado encima al bueno de Sanmi, quien me presentó como su mejor amiga.

—Te traje serenata, pero mi artista olvido su guitarra en el avión —dijo Sanmi, y se rieron como un par de bobos.

—No hay lío. Yo aún conservo la guitarra con la que nos daban clase de música en el colegio —dijo Lili—. Sigán.

Sacó un envase atomizador lleno de alcohol antiséptico y nos roseó de pies a cabeza. Me sentí como en una cámara anti-covid de la NASA.

Entramos a la sala de la casa y Lili desempolvó una vieja guitarra Martin de caoba. Era muy notorio el achaque de los años, tenía rasguños en la caja y las huellas marcadas en los trastes en casi todo el mástil.

Lili me ofreció la guitarra. La sentí un tanto pesada. Por el olor pensé en que iba a fastidiarle la siesta a algún pequeño *coleóptero* albergado en el cuerpo de la guitarra. No le encontré reparos, solo que el último intérprete de otrora reventó la primera cuerda, así que este sería un cumpleaños muy afirmativo punteado con la cuerda *SÍ*.

Toqué al azar las cuerdas, emitieron un sonido limpio y armonioso. No ajusté las clavijas porque yo sabía que solo iba a puntear el cumpleaños. Estaba lista.

El *ring tone* del celular de Lili aplazó mi inicio. Aproveché para reparar la canción en la segunda cuerda.

Era alguna amiga de ella.

—Hola. Mi *crush* trajo serenata a mi casa —dijo Lili.

Hizo una pausa para escuchar y luego dijo:

—Dejémoslo para más tarde, después de las cinco. En este momento no puedo salir, acabo de interrumpir mi serenata. Chao.

—Retiró el celular de su oreja y en un giro de muñeca posó su dedo pulgar derecho sobre el punto rojo de la pantalla.

Sanmi aclaró su garganta, en señal de que iba a decir algo.

—Deseo que tu vida siga estando llena de sonrisas todos los días. Eres muy especial para mí, y hoy en el día de tu cumpleaños traigo esta serenata colmada de felicidades ¡Feliz cumpleaños, Lili!

Yo punteé el cumpleaños y esta vez fue mucho más fluido que en ocasiones pasadas.

Sanmi se acompañó de las palmas para cantar un cumpleaños pausado que yo jamás había escuchado:

Cumpleaños feliz.

Cumpleaños feliz.

Cumpleaños, cumpleaños,

Cumpleaños feliz.

Antes de terminar su estrofa, me hizo la señal para que yo volviera a interpretar la guitarra. Pensé en que acabábamos de inventar un nuevo himno del cumpleaños.

¡Guau! Estos universitarios sí saben divertirse, inventan cosas y se sorprenden a ellos mismos —dije para mí misma.

—Te iba a ofrecer un trago, pero sé que tú no tomas alcohol —dijo Lili.

—No tomo alcohol, ahora me lo roseo de pies a cabeza.

Quise gritar *¡parapapún-chis!*, pero los dos se morían de risa y me la contagiaron.

—Voy a traerles un juguito —dijo Lili.

—¿Aún tienes los discos, de los que me hablaste aquella vez?

—Sí —contestó ella desde la cocina.

—¿Qué te parece si escuchamos un poco de música original? —dijo Sanmi dirigiéndose a mí.

—Por mí, no hay lío —dije.

Lili llegó con crema de guanábana. Mi favorita. Se nota que tiene buen gusto.

—Qué te parece si iniciamos con el álbum *We Sold Our Soul for Rock 'n' Roll*

—Black Sabbath, 1975 —contestó Lili. ¿Qué canción quieres escuchar de ese álbum?

—*I am Iron man*.

—Ustedes, los deportistas, deliran con esa canción.

Lili encendió un armatoste, levantó la tapa superior de madera y comenzó a sacar una colección de discos negros con sus respectivas carátulas.

—Aquí está. Este disco vino doble. Me encantan las seis canciones de ambos lados del primero —dijo Lili—. *Iron man* es la tercera del lado B.

Cuando comenzó a sonar, me incomodé porque no sabía de esa música o de ese ruido. Y cuando comenzó a cantar creí que era alguien primíparo que estaba improvisando. Me sentí como si estuviera oyendo una canción prohibida. Sorpresa para mí cuando me doy cuenta de que ellos dos la cantan como un himno de su generación.

—¿Tienes *Stone Cold Crazy*, de la Reina? —dijo Sanmi.

—Queen 1974, del álbum *Sheer Heart Attack* —dijo Lili—. Yo creí que los atletas de alto rendimiento no conocían la buena música.

Mientras colocaba el disco y ajustaba la aguja del tocadiscos Lili comentó, con cierta nostalgia, que lo único que le heredó su viejo padre rockero fue la discoteca que estábamos oyendo.

Comenzó una tonada acelerada, guiada por una guitarra eléctrica desbocada. Por alguna razón este par de vejetes de treinta años estaban sacudiendo la cabeza como un par de martillos.

—Te voy a regalar la tercera. Espero que entiendas mi regalo: *I wanna be your boyfriend* de los Ramones.

No supe qué quiso decir Lili con eso ni me importaba. La cosa fue que, en comparación con las anteriores, esta vez sonó una canción corta y más calmada. Imaginé a Don Ramón cantándole a la tía de Patty en *El chavo del ocho*.

Sanmi se levantó de la silla y revisó las carátulas del arrume de discos puestos sobre la mesa y comenzó a leer, en voz alta, los nombres de las bandas, pasándolos de un lado a otro: *Poison, Alice Cooper, Motorhead, AC-DC, Scorpions, Aerosmith, The Clash, Twisted Sister, Metallica, The Rolling Stones, Van Halen, The Police, Def Leppard, Motley Crue, Guns and Roses*.

—Todos merecen un lugar especial, todos han sobrevivido —dijo Sanmi.

—Aún hoy, siguen siendo vigentes como el himno nacional —afirmó Lili.

—En estos tiempos uno ya no es el mismo de hace veinte años —dijo Sanmi—. Nunca olvidaré que escuché a *AC-DC* en un casete blanco

cuando tenía diez. Hace poco me sorprendí al escuchar que Brian Johnson no volvería a cantar por problemas en su garganta. Y mucho más me sorprendió ver a *Axl* en el escenario con mi banda favorita.

—¿Quién te enseñó esas bandas? —dijo Lili.

—No hubo quién. Los casetes fueron llegando a mí. En ese tiempo pasaban por televisión a Michael Jackson y artistas como él —respondió Sanmi.

—Pues aquí tienes mi colección para cuando desees venir a escuchar mucha música —dijo Lili—. ¿Quiéren más juguito?

Sé que Lili preparó la crema de guanábana pensando en Sanmi.

—Por supuesto —dijo él sin disimular el gusto.

—Sí, señora —dije.

—Señorita. Hasta que tu tío se decida —dijo Lili guiñándome el ojo y con una sonrisita.

En ese momento, entendí la dedicatoria de la canción.

XX

Sanmi trajo el tablero acrílico y dos marcadores, negro y verde. Estudiamos inglés una hora.

—¿Los astronautas hablan inglés? —pregunté.

—En inglés, por favor.

—*Do astronauts speak english?*

—*Well done!* —dijo.

—Sí. Los astronautas hablan inglés y ruso, entre otros idiomas.

—Mamá sería una cosmonauta genial —dije—. Una expedición espacial se prolonga por meses, sin importar el estrés o la tensión que experimenta el cuerpo humano. Mamá ha trabajado por meses coordinando sus plataformas con estudiantes, profesores y padres de familia, expuesta a altos grados de estrés y de tensión. Le faltaría hablar ruso y perfeccionar el inglés.

—Los avances en el campo de la medicina se publican en inglés —dijo—. Creo que alguien, que estoy viendo y que no quiero decir su nombre, también necesita perfeccionar su inglés.

—La otra noche soñé que estaba en el típico laboratorio con microscopio, probetas, tubos de ensayo, placas y humo saliendo de un matraz. Yo estaba obsesionada con un portaobjetos que protegía con mi vida porque contenía la cura contra el *Covid-19*. Luego salí a una rueda de prensa para pronunciarme frente a mi hallazgo, pero no me acuerdo si hablaba inglés.

Nos reímos.

—Yo de niño soñaba con ser piloto —dijo Sanmi.

—*And what happened?*

—Con el uniforme enterizo, casco y máscara de oxígeno —puntualizó Sanmi—. Así como se ven los pilotos en las películas. Una vez Papá

me compró un avión de icopor, tenía una cuerda como una cometa de plástico, pero más corta. Elevaba mi avioncito al frente de la casa, yo corría de esquina a esquina. Hasta que se estrelló con la fachada de ladrillo de un vecino.

—¿Volviste a volar tu avión? —pregunté con una sonrisa tierna.

—Nunca más. Adiós avión. Papá dijo que un piloto jamás permite que su avión se estrelle. Entonces, conservé por muchos años mi avión roto, guardando la esperanza de un día pilotear uno de verdad. Luego nos cambiamos de casa y en el trasteo se perdió.

—¿Nadie te dijo que lo había visto en una caja de cartón o algo así?

—Tal vez me lo dijeron en ruso y no entendí —dijo Sanmi con sarcasmo.

Reímos mucho más que antes.

Sanmi dijo que iría a entrenar en su bicicleta un par de horas. Se organizó y salió. Estuve recordando cómo hacer preguntas para mantener la conversación en inglés. Esta vez quise ser vanidosa, así que hice conversaciones en inglés conmigo misma.

Recordé la vez que Sanmi me explicó que el diccionario es fuente inagotable para el aprendizaje de términos médicos con raíces griegas y latinas, y que si es en inglés mucho mejor. Buena parte de la etimología médica es como pequeños *Frankenstein*: se forman con prefijos y sufijos latinos o griegos.

Fui a la biblioteca y busqué el diccionario de inglés, monolingüe, para pescar términos. Lo abrí casi en la mitad, en la letra *P*. Y se me ocurrió la palabra *pathology*. Encontré que tiene raíces griegas: pathos y logos.

XXI

Papá había viajado con carácter urgente a su trabajo. Mamá volvió a su trabajo habitual. Tenía puesta su balaca integrada con audífonos y micrófono. Me acerqué a la mesa para observar un obsequio de amor y amistad del año pasado que su amiga secreta le había enviado por correo certificado. Un extraño cisne, artesanalmente bien hecho con envolturas de dulces *coffee delight*, posado sobre un trozo de madera rústica.

Quise preguntar, pero Mamá estaba ocupada con sus clases en la plataforma educativa, así que lo dejé para después. Gaby estaba en el tapete con su libro para colorear y una caja de colores regados en derredor suyo.

Estos días con Sanmi han sido divertidos porque él siempre tiene algo para hacer. Escuché los tres golpecitos en la puerta, él había llegado de su entrenamiento diario.

—¿Preparamos el almuerzo? —propuse al abrir la puerta.

—Sí, claro que sí, pero antes debo ducharme y usar gel antibacterial —dijo Sanmi—. ¿Qué te parece ir adelantando el jugo?

—¿De qué?

—Mira la canasta de frutas y tú decides, *joki*?

—*Doki*.

Oki doki es una expresión heredada de los *hippies* de la década sexagenaria del siglo XX. A mí me gusta más *of course, my horse*, para expresar que estoy de acuerdo con algo, pero Mamá dice que esa expresión es muy fuerte. No me imagino, dentro de cincuenta años a una madre moderna prohibiendo a su hija decir *sipirilí* cuando ella apruebe algo.

El lavaplatos estaba lleno de la loza del desayuno y me dispuse a lavar todo. Mamá, que había escuchado la conversación con Sanmi, dejó su cabina de nave espacial y se acercó a la cocina.

—Angelito, estás haciendo el oficio —dijo con voz de sorpresa y tono de burla.

¡No te acostumbres!, pensé en responder, pero muy seguramente la haría enojar. Mejor, decidí estar de su parte.

—Algo debe estar alentando mi capacidad para desarrollar nuevos hábitos —dije.

—Pues, ya era hora —dijo Mamá.

—Sanmi y yo vamos a preparar el almuerzo.

Mamá sonrió y me miró girando los ojos. Volvió a su silla. Está claro que no confía en mis habilidades culinarias, ella dice que debo quemar hasta el agua hervida. Sin embargo, no duda del curso de cocina de Sanmi.

—Todo listo —dijo Sanmi entrando a la cocina—. El mundo está viviendo un momento trascendental en su historia: en alerta, pero sin prisas. Cocinemos sin desesperos y satisfagamos nuestro sentido del gusto.

La fisiología de la lengua y la cavidad bucal llegó a mi mente como imágenes de mi libro de anatomía.

—Menú para hoy: pollo en clave de salsa —dijo Sanmi, señalándome con ambas manos.

—Tac, tac, tac, tac-tac. Tac, tac, tac, tac-tac —soné la clave de salsa.

Inconscientemente, mis glándulas salivales produjeron más saliva y pensé en las papilas gustativas como sensores que perciben el sabor.

—Lo más importante es tener la pechuga, los champiñones y la pasta —dijo Sanmi. Para la salsa podemos usar medio sobrecito de crema de champiñones, cebolla y sal ¿qué ingrediente nos falta?

—Amor —dije.

—Sí, mucho amor —afirmó él.

Sanmi puso una olla con agua para la pasta y tres pailas aceitadas en la estufa a fuego lento. En una puso los filetes de pechuga. En otra, puso la cebolla picada y en la otra las rebanadas de champiñones y roseó unas pizcas de sal a todas. Mientras tanto, puso papas criollas en una ollita y desató el medio sobre en una taza de leche. En la paila más grande, rápidamente, juntó filetes, champiñones, cebolla y la mezcla de la taza. Preparó guiso con tomate y cebolla, y agregó la pasta.

—Pon los platos en la mesa —dijo Sanmi mientras freía las papas criollas.

—¿Ya está? —dije con cierto asombro.

¡Guau! Sanmi es genial. Sigo pensando que la muchacha que lo conquistó será una afortunada y, con él, se ganará el *Baloto*.

Puse los platos y Sanmi sirvió en la mesa. Se veía delicioso todo y ni qué decir del sabor.

En el almuerzo, Sanmi dijo que dedicaría toda la tarde a hacer revisión general a su bicicleta, porque regresaría a su casa al despuntar el día.

XXII

Después de la partida de Sanmi la vida volvió a ser la de antes. Mamá continuaba en su cabina de mando comandando su nave. Papá yendo y viniendo de su trabajo. Gaby y yo recorriendo cada rincón de la casa, encontrando juegos y formas de entretenernos. Todo normal dentro de la pandemia hasta que pitó la camioneta que va al campo a recoger la leche. Mamá salió para enviar el material de estudio a los niños de su escuela y volvió con una gatica en sus brazos, la bola de pelos más encantadora que haya visto.

—Me regalaron esta gatica —dijo—. ¿Quieren quedarse con ella o la devolvemos?

Chiquita, de pelo atigrado y desordenado, sus maullidos suaves y tiernos.

Este aislamiento preventivo, o encierro que llaman, no volvería a ser el mismo.

—¡Nos la quedamos! —dije, recibéndola en mis manos, mientras mi corazón quería salirse de mi costado izquierdo.

—Sí. Deben bautizar a esa *míchica* —dijo Mamá.

Se trata de ponerle un nombre a la suertuda gatica. Su llegada casual será favorable para todos en esta casa. De pura chiripa la gata nos encontró y, al parecer, de hoy en adelante pasará su vida con nosotros.

Fui a la habitación con Gaby y la bola de pelos maullando. Intenté tocar la guitarra, pero me distraje y terminé jugando con ellas.

Se escondió bajo la cama.

Gaby se deslizó detrás de la gata.

Me acordé de una de las linternas de la bicicleta que se le quedó a Sanmi sobre la mesita de noche. Fui corriendo y volví probando el botón que enciende cinco modos de luz: alta, baja, blanca, roja e intermitente.

Le iluminé el cuerpo mientras Gaby con su mano la empujaba hacia afuera.

Cambié a luz roja y aunque la gata no estaba asustada quiso seguir en el rincón más oscuro bajo la cama.

Se resbaló la linterna de mi mano y, de sopetón, cayó oprimiendo el botón a intermitente.

La gatica se lanzó veloz sobre la luz discontinua.

Alargué mi mano para tomar la linterna apuntando hacia el piso y la gatica seguía con actitud de caza sobre la luz.

Moví lentamente la linterna de un lado a otro sobre el piso.

Lo mismo hacía la gata persiguiendo la luz.

¿Por qué no se me había ocurrido antes?

Por casualidad habíamos encontrado un juego para las tres.

Llegó a mi memoria el zorro del Principito, ¿un zorro pidiendo que lo domestiquen?

Esta vez, pareciera que la gata pide a gritos que no la domestiquen. Esta vez, soy yo quien da razones, entre otras, que todos ya estamos domesticados.

Creo que la gata quiere domesticarnos a su manera. Quizá, siguiendo su felinidad indiferente (que es como una personalidad desapegada, pero en gatos). Quiere acostumbrarnos a convivir con ella, mostrándonos sus miedos, haciéndonos responsables de ellos, para luego darse sus libertades.

Pienso que es una buena estrategia la de nuestra gata: hacernos pensar que nosotros lo controlamos todo cuando la verdad es que ella nos tiene a su servicio o, si no, por qué jugamos con ella hasta debajo de la cama y no la molestamos cuando se echa a dormir en nuestras piernas. Ronroneando nos hace felices.

XXIII

Volví a tocar la guitarra.

Con la tutora, desde luego.

Había olvidado ensayar y necesitaba alardear la canción en inglés que aprendimos con Sanmi.

Después del acostumbrado elongamiento de las muñecas hasta la yema de los dedos, toqué la guitarra como nunca lo había hecho. Moví los dedos con independencia y, esta vez, me percaté de la digitación exacta de la maestra, puesto que le prometí a Sanmi que tendría una canción lista para cantar los dos cuando él volviera.

Hice acordes que antes me parecían impracticables.

Mamá elogió la sesión de guitarra de hoy y me echó muchas flores:

—Eres una niña exitosa, tienes mucho talento, sigue confiando en ti misma y sigue esforzándote por aprender.

—Muchas gracias, Mamá hermosa —dije.

—¿Cómo vas con las canciones en inglés?

—Ya las comprendo un poco más —dije, interpretando la introducción de *Hotel California*.

—Estás motivada, ahora haz que suceda y sorprende a Sanmiguelito en su cumpleaños con unas buenas canciones en inglés.

Mamá se distrajo con su teléfono por un momento, caminó hacia la cocina y volvió casi de inmediato mirando el celular.

—¿Adivina quién está en video-llamada? —preguntó, y me pasó el teléfono.

—Hey, how are you?

—I'm good. And you?

—I'm happy to see you again.

—Un pajarito me contó que estás tocando la guitarra como *Courtney Love*.

—Ese pajarito es como chismosito, ¿cierto?

Nos reímos. Quise preguntar quién era *Courtney Love*, pero Sanmi se adelantó y me explicó que ella fue la novia de una estrella de rock que murió joven. Y que, además, ella ha sido una talentosa guitarrista.

—¿Quiéres escuchar?... Mira.

Sanmi sonrió por mi expresión.

Interpreté la misma tonada que tenía antes de la llamada.

—*Hotel California* —gritó Sanmi—. ¡Excelente, excelente!

Quise sorprenderlo aún más, así que preparé mi guitarra para dar lo mejor de mi repertorio de punteo musical. Nadie me ha enseñado esta melodía, solo la escuché una vez en la televisión y de ahí no ha parado de sonar en mi cabeza.

—¿Qué te parece esta, Sanmi?

—¡*La cucharita!*, ¡súper chévere! —dijo Sanmi.

Sentí calientes la yema de los dedos y tensionados los brazos. No se me ocurrió más que preguntar por mi imagen.

—¿Cómo me veré con *brackets*?

—Los *brackets* serán como rayos de luna llena en tu rostro, te verás hermosa, como siempre.

¡Guau! No esperaba tanto halago. No supe qué decir y sonreí tontamente.

XXIV

Pensar en la ortodoncia me abre el apetito.

Los *brackets* se han convertido en mi inmediata preocupación. Intentaba leer para hacer caso omiso al pedido de mi estómago, pero imposible, mi cerebro se encargaba de recordarme dos cosas: una, cómo estaba organizada la nevera y la alacena donde Mamá guarda las galguerías y demás golosinas; y dos, que la motivación humana para la ingesta de alimentos procede de las contracciones estomacales imperceptibles impuestas por el cerebro.

—Si sigues comiendo de esa manera, en un par de años tendremos a una luchadora de Sumo en la familia —opinó Mamá desde su cabina de nave espacial, mientras sostenía en sus manos los audífonos.

—¿Quiéres algo? —pregunté rápidamente para evitar más sarcasmos.

—Sí. ¡Una aromática sin azúcar, *please!*

Gaby se acercó justo cuando yo le había quitado la envoltura a un *chocorrano* y a un *gansito*. Le ofrecí un vaso de yogur casero con galletas *festival* y no me recibió. Se apoderó de mis ponquesitos recubiertos de chocolate.

—No vayas donde Mamá, pequeña ranita —dije casi susurrando.

Volví a mi escritorio a continuar leyendo el libro de anatomía, pero no superé el primer párrafo. Página tras página, me quedé observando solo las ilustraciones. Fui a la sala y encendí el televisor e hice *zapping*, buscando alguna película de *Harry Potter* o *The lord of the rings*, pero tantos canales y tan vacíos. Opté por peinar a la gata. Mamá sintió que yo no encontraba cosa para hacer.

—¿Qué estás haciendo, Aleja? —preguntó.

—Voy a ensayar guitarra.

Mala idea. Ahora, tenía que estar más de una hora sentada tocando guitarra. Abrí el cuaderno y, sin querer, se ubicó en la primera página “Deberías estar tocando guitarra”. Revisé algunos apuntes e

intenté repasar las notas de los pentagramas musicales, pero no pude concentrarme.

Fui a donde Mamá por el celular. Ella notó mi inquietud y me pidió que me sentara a su lado. Busqué rápidamente en Youtube un video sobre el proceso de ortodoncia para niñas. Navegué en otras páginas *online* tratando de encontrar información acerca de la estética, el dolor y los materiales usados en estos procedimientos para la salud oral.

Busqué por internet hasta que me hice experta en corrección de defectos en la disposición de la dentadura.

No sé cuánto tiempo pasó desde que comencé a consultar información en internet. Fui a la nevera y saqué un helado que hice con el chocolate del desayuno. En ese preciso momento, me di cuenta de que no le puse palito a la copa. Me dio igual. Lo puse en un plato, tomé una cucharita y me dirigí al lado de Mamá.

Gabi, sentada en la alfombra, dibujaba rayas con crayones de colores sobre el revés de hojas impresas.

Escuché el sonido de la llave de Papá en la puerta.

Mis piernas fueron como resortes que impulsaron mi cuerpo hacia arriba y en un salto ya estaba abrazada a su cuello. No le di besos porque traía puesto su tapabocas.

—Dejen que Papá se desinfecte primero —dijo Mamá.

Papá nos trajo cartuchos, un cucurucho de hojaldre repleto de arequipe ¡qué delicia!

Mamá hizo la señal de que, todavía estaba al mando de su plataforma digital. Papá tuvo la intención de levantar en sus brazos a Gabi y, dirigiéndose a Mamá, susurró: —Te extrañé mucho, mi preciosa astronauta.

Mamá despedía su sesión con los estudiantes y padres de familia, tenía puesta la diadema alrededor de su cuello. Alargó su mano a Papá con un papel que decía: —Báñate, cámbiate de ropa, calienta la comida y dale una fruta a Gabi.

Llamó mi atención el hecho de que una persona pudiera estar en dos lugares al mismo tiempo. Pensé en Mamá, en las familias de los estudiantes y en mi familia reunida hacía un momento, ¿cómo logra hacer todo esto ella sola?

Tomé la cucharita que usé para el helado y me tendí en el sillón con la firme tarea de comer el arequipe de dos cartuchos. Mamá volteó a mirar el triste chocolate congelado sobre la mesa, luego, con un leve movimiento de negación en su cabeza, me advirtió que era mucho dulce y me dolería el estómago.

No pronuncié palabra y dije a mí misma: —El intestino delgado de una niña como yo produce suficiente *lactasa* y esta enzima no permite que me duela la tripa. Además, son dos inofensivos cartuchos que a duras penas formarán un par de gases, incapaces de armar un retorcijón —sonreí con gesto de inocente irreverencia.

Papá volvió en chancletas, ya traía puesta su pijama de huellas. Le dio un abrazo de oso a Mamá y puso a Gabi en sus piernas. Yo estaba encariñada con los cartuchos.

—Vuelvo en un segundo —dijo Mamá, se levantó y fue a la cocina.

El segundo se prolongó por más de cinco minutos.

Mamá regresó con dos platos servidos, llevó a la cocina el helado derretido y volvió a la mesa con los dos platos restantes.

—¿Qué tal tu invento de chocolate? —preguntó Papá.

—Ni lo probé —respondí.

—¿Y los cartuchos?

—Geniales.

—No dejan comida en los platos, por favor —interrumpió Mamá.

—¿Cuándo tenemos la cita de ortodoncia de mi angelito? —preguntó Papá.

—Mañana sábado a las diez y media —contestó Mamá.

Mañana era el día que cambiaría mi vida y mi imagen.

XXV

Sentí a la gata caminar sobre mí. Abrí los ojos y me percaté de que la puerta de mi habitación estaba abierta. Escuché a Papá cantar en la ducha, y a Mamá hablar con Gabi en la cocina.

Me senté en la cama y vi que ya estaba lista la ropa de hoy, muy bien puesta en el espaldar de la silla de mi escritorio.

Papá salió del baño envuelto en un toallón.

—Buenos días, angelito —me saludó Papá.

—Buenos días, Papá.

Mamá se acercó a la puerta, tomándose el acostumbrado tinto de la mañana.

—Buenos días, mi bella durmiente —dijo Mamá—. Levántate, organízate, desayunamos y nos vamos.

—Sí, señora —contesté entredormida.

Media hora después, todos listos para salir.

En la calle, Papá nos esperaba junto a la camioneta. Me entregó una bolsa con tres mandarinas y dos naranjas para el viaje. No sé si por hacer gala de su cortesía o por hacerse el gracioso, Papá nos abrió y cerró la puerta, cual conductor de limosina con tapabocas.

Una hora después, llegamos con suficiente tiempo para atender mi cita de ortodoncia.

Papá y Gabi se quedaron parqueando el carro. Mamá y yo subimos al consultorio. Pasamos por la cámara automática de desinfección y prevención de virus.

Nos acercamos a la ventana de atención al cliente y Mamá explicó que tenemos programada una cita, que venimos de muy lejos y todo ese argumento que dan las Mamás para que no las atiendan de últimas.

Fuimos a sentarnos a la sala de espera. Detuve mi vista en un afiche grande pegado a la pared que decía: “Tu perfecta sonrisa”.

—Aleja Rodríguez, por favor, pasar al consultorio número tres —se escuchó una voz melodiosa en todo el consultorio.

Mamá tomó mi mano y caminamos hacia el atomizador de alcohol y luego a la tercera puerta. Una sonrisa de comercial de crema dental nos saludó antes de entrar.

—Adelante, sigan —nos dijo.

—Buenos días, doctora —dijo Mamá.

Mi saludo fue tímido, pero sonreí. Creo que mi subconsciente quería que yo algún día tuviera esa sonrisa.

—Mucho gusto, mi nombre es Aleja Romero, médica odontóloga y especialista en ortodoncia.

Mientras ella hablaba, yo no quité ni un instante la mirada de su dentadura.

—Muchas gracias, doctora. Yo soy la Mamá de Aleja. Mi niña necesita tratamiento de ortodoncia.

—Vamos a revisar la dentadura, la postura de los dientes, haremos unas placas y tomamos una decisión.

Nos ofreció gel desinfectante y, mientras nos frotábamos las manos, me pidió que me sentara en la silla. Me dio un enjuague bucal que sabía a limón, lo mantuve unos minutos y escupí en el sifón de la silla.

—Tengo un regalo especial para ti —me dijo, y me puso en la mano una pelota amarilla desestresante, aún con su empaque—. La compré para mi hija, pero te la quiero dar a ti.

—Muchas gracias.

No pronuncié palabra por algo más de veinte minutos que estuve con la boca abierta. Mientras me hacía profilaxis dental, pensé en que ella

había dicho que era médica y odontóloga y, además, era especialista. O sea, ella estudió medicina y se especializó en odontología ¿eso es posible? Más bien, estudió odontología y se especializó en ortodoncia. ¿Será que a los odontólogos también les dicen doctores por ser médicos? Fui acumulando preguntas que, a la vez, iba olvidando. No paré de hablar conmigo misma y concluí que mi sonrisa estaba en manos de una profesional idónea.

Pasamos a la salita de *rayos X* para tomar las radiografías y volvimos al consultorio.

Con los exámenes, la doctora nos explicó todo sobre procedimiento para la corrección de la posición irregular de algunas de mis piezas dentales. También nos dijo que el tratamiento tardaba un año y que debíamos ser muy juiciosas con el cuidado y los controles periódicos.

XXVI

La sombra de la tarde nos encontró en el camino de vuelta y la noche fue llegando dulce. Esta era la primera vez que en un viaje Mamá me permitía ir en el puesto de adelante, de copiloto de Papá. Mantuve el tapabocas puesto todo el tiempo. Tenía leve incomodidad, no solo porque sentía los dientes apretados, sino porque la boca se me reseca y los labios se pegaban a los *brackets*.

Entramos al pueblo, pasamos por el solitario parque y llegamos a la casa.

Me puse la pijama de huellas.

Apagué la luz.

Solo oscuridad.

Y entre la oscuridad, yo.

Seguía contando trecientos sesenta y cuatro días.

¿Cuándo terminarían esos días?

—Bueno, ya duérmete y deja de estar pensando cosas —me dije. Sin embargo, mi cerebro quería seguir repasando cosas. Tuve la intención de ir a dormir en la cama de mis papás, pero me contuve y preferí quedarme en mi cama.

No es que le tenga miedo a la oscuridad ni que piense en que hay monstruos debajo de la cama o en el armario, eso es un invento estadounidense; lo que me desvela es el hecho de pensar en tantos días con estos alambres en mi boca.

Recordé una y otra vez las palabras de Alejandra, la odontóloga:

—La ortodoncia te va a poner una sonrisa muy bonita, arregla tus dientes y mejora tu expresión facial. Muchas personas desde personajes de la farándula hasta presidentes han pasado por estos tratamientos. Vas a ver que esta terapia dura poco y el tiempo pasa muy rápido.

Quisiera dormirme ya.

—¿Cuál era la canción que Mamá me cantaba para que yo durmiera?
—pregunté mentalmente.

Pasaron muchas canciones en la voz de Mamá cuidando de mí. De pronto, escuché el latir de su corazón en mi mejilla, sentí su abrazo tibio y su amor, me acarició el cabello y me arrulló hasta quedar profundamente dormida.

XXVII

Mamá es maestra rural. Tres veces a la semana envía paquetes con útiles, guías, fotocopias y otros materiales educativos en “la lechera” que recorre el camino pastoril que conduce a escenarios campesinos donde habitan sus estudiantes.

Yo no estaba preparada, Mamá tampoco y mucho menos los niños de las escuelas, para afrontar las actuales circunstancias: aislamiento preventivo o cuarentena. La pandemia por *Covid-19* ha hecho ajustes en nuestras formas de estudiar. En el sector urbano de mi pueblo, la alternativa inmediata fue hacer la transición a plataformas virtuales que facilitan el proceso de aprendizaje. Sin embargo, a veces pienso en cómo hacen los niños y niñas de sectores rurales donde *the signal is not available*, o no tienen un *computer* o un *smartphone*.

Mamá piensa en todo. Ella sabe que varios de sus estudiantes viven la situación de *No signal*. Por esto, todos los lunes, miércoles y viernes de cada semana, ella envía el material educativo en “la lechera”, una rústica “estacas 4x4”, para que sus estudiantes logren avanzar en los procesos de aprendizaje con la ayuda de los padres y madres de familia.

¡Mamá es genial, ella es mi astronauta favorita!

Esta edición se imprimió en el
mes de abril de 2023, en Búhos
Editores Ltda., con una edición
de 200 ejemplares.